

MONUMENTOS DE FRANCIA.



25 de Febrero de 1852.

Iglesia de Santa Clotilde, en Paris.

TOMO X. 4

LAS BAYADERAS DE PERSIA Y SUS CANTOS.

Ni la música ni el canto era cosa prohibida en un principio á los musulmanes por Mahoma; tambien les permitía el uso del vino, y las mugeres podían levantar sus velos delante de los estrangeros. Las órdenes contrarias fueron provocadas mas tarde por los abusos y los escándalos, cuando Mahoma se vió obligado á decir:—Moisés era el profeta de la palabra; Jesús, el profeta del entendimiento, y yo soy el profeta de la cuchilla.

Los mahometanos que beben, bailan, cantan y se mezclan con las mugeres, no hacen mas que retroceder hácia las costumbres de los primeros creyentes. Ibrahim-Pachá aceptó de tal manera este retroceso, que los escesos del vino de Champagne han precipitado su muerte. El que haya visitado el salon del museo del Louvre en Francia, habrá podido ver el retrato de un embajador otomano, que es una verdadera y enorme infraccion de los rigores de la ley.

Respecto al baile y á la música, los schahs de Persia son los mas atrevidos volteadores del Coran. Feth-Ah-Sc ah, contemporáneo nuestro, sostenia músicos y bailarines á pesar de las maldiciones y anatemas de su sacerdocio. El mismo presidia los conciertos y los bailes de su harem, improvisaba canciones báquicas, y afrentaba á Mahoma hasta el estremo de inventar pasos en el baile.

En cuanto á lo demas, la proscripción del baile y de la música en Oriente tiende á evitar la embriaguez y los desórdenes consiguientes á este festejo; tanto los actores como los espectadores no saben hacer uso de esta diversion sin que termine por la borrachera.

Bayadera es palabra que procede de la lengua persa *baziguere* (muger destinada á la diversion.) Los bailarines se llaman *rekkases* ó *souzmanis*. Los toman de doce á diez y ocho años; les dejan crecer los cabellos, y los visten con jubones de seda de una anchura desmesurada. Acompañan sus movimientos con el ruido de las castañuelas; los bailes persas espresan lo mismo la alegría que el sentimiento, siendo únicamente el que tiene un carácter verdaderamente marcial; este se llama el de Nei Nadiré (la flauta de Nadir); que se ejecuta por medio de puñetazos, y con otros signos hijos de la cólera, que tiene puntos de contacto con la rabia.

Las bayaderas bailan una á una; jamás forman cadenas, y conservan siempre los pies desnudos. Se acompañan cantando al son de las castañuelas y del tambor ó la pandereita. Ejecutan delante de los espectadores las mas ridiculas estravagancias, y algunas veces sorprenden con sus evoluciones. Por ejemplo, se lanzan de un salto sobre los hombros de un hombre que está ya prevenido, y se sostiene de pié continuando su cancion, y riéndose de la admiracion ó espanto de los espectadores. A uno ofrecen un vaso de vino colocado sobre la cabeza; á otro arrojan una flor; á estotro un gesto desagradable; á esotro una tierna sonrisa. Para estas fiestas no se erigen anfiteatros ni se disponen salas de bailes; van de casa en casa con sus amigos, se sientan sobre los tapices formando círculo y al lado de los músicos, y ellas ejecutan sus habilidades en aquel mismo parage.

Hace algunos años que el baile de la Abeja estaba muy en boga en Teheran. La bailarina se presenta asustada, se agita como si espermentase la picadura de una abeja; la busca entre sus vestidos y los despedaza el uno despues del otro; este es el carácter de todos los bailes de las bayaderas persas. Su gracia y el éxito que obtienen consisten en los movimientos que imprimen á su talle; llevan como Venus la victoria en su cintura, y su cuerpo llega de esta manera á la ondulante flexibilidad de las serpientes. Esta cualidad, elevada al prodigio, constituye la fortuna de la bailarina real *Tchitt-khanum* (palabra por palabra, señorita Tela pintada), llamada de este modo á causa del complicado laberinto de colores que asemeja su piel á una pieza indiana.

Los cantos de las bayaderas persas valen mas que sus bailes. Toda su música está en la rima, y la armonía no la conocen. Nunca canta una sola, sino todas en coro bajo un mismo punto de solfa, de donde resulta que el efecto es monótono, pero de gran poder, doblado por la perfeccion de la medida.

He aquí dos de sus canciones, de una ternura y candidez realmente primitivas, y que merecerian en Europa el éxito de los cantos populares, que con tan buenos auspicios se publican en Francia.

I.

Escúchame, amiga mia. ¿Dónde iremos á dar ensanche á la embriaguez de nuestro corazon?

—Vamos al jardin. —¿A cuál? —A aquel donde el ruiseñor fabrica su nido. —Diestro cazador de pájaros, yo te ruego que no tiendas tus redes. No mates, no cojas nunca mi quejoso ruiseñor.

—Vamos á los campos. —¿A cuáles? —A aquel donde la gacela del desierto tiene su guarida. —Cazador, perdona mi súplica; déjala, no mates á la gacela solitaria. Los ojos de la gacela del desierto se parecen á los ojos de aquel á quien yo amo.

—Vamos á la márgen del arroyuelo. —¿A cuál? —A aquel donde el pez nada y donde está brillante y feliz. —Diestro pescador, desvia tu red de mi pez dulce y nadador. Sus oídos en aquel arroyuelo limpiado, se parecen á los oídos de aquel que yo amo.

—¿Vamos á la ciudad? —¿A cuál? —A aquella en que la gente se conmueve porque la que yo amo se presenta adornada y todos la admiran al ver su belleza sin ejemplo.

II.

Hay nieve en las montañas: ¡qué hermosas están! la nieve cubre las animosas y los renúnculos. Pero, ¡Dios sea bendito! ¡mi amiga llega!

Hondero, no me tires mas piedras, que sin necesidad de eso estoy herido. Mi amiga tiene un traje color de rosa, y el mio es enteramente negro.

Al pie de los muros de la ciudad crecen tres rosales. ¡Como las hojas amarillean y caen una por una, que ya no queda mas que el desnudo tronco! Yo la he amado, y nada sabrá reme liar el mal que me consume.

Ella lleva dos panales de miel en sus dos manos. La amiga mia es todavía mas dulce que un padre y que una madre.

LOS BARBEROS TURCOS Y SUS TIENDAS.

Las tiendas de los barberos turcos son los cafés. Cuatro paredes desnudas y sin papel; algunas veces adornadas con arabescos, pero mas frecuentemente blanqueadas con tierra de cal; una pieza bastante elevada en forma de paralelógramo; una techumbre de madera con molduras y dibujos de un estilo extravagante; el pavimento de tierra, cubierto con algunas esteras, donde la mayor parte de los consumidores se sientan en cuclillas; para las personas de mas alta consideracion, hay un banco de madera que guarda los dos lados de la tienda ó bien una especie de asientos mas elevados situados en el centro, sobre el cual se colocan cogines ó tapices; y ademas de esto, hay tambien asientos de madera delante de la puerta, especie de azoteas movibles, desde donde se goza la vista del paisaje ó del movimiento exterior; los muebles son, el hornillo donde se preparan el café, los sorbetes y otras bebidas permitidas por el Profeta; una coleccion de *schibouks*, de pipas cortas y largas y de botes con perfumes; una pequeña



Bayaderu persa ofreciendo una copa de vino.

fuelle para contener agua durante el verano, y durante el invierno un brasero de cobre brillante donde arde una pirámide de carbon inflamado. El dueño del establecimiento da tranquilamente el ejemplo á los fumadores y á los bebedores; sus jóvenes sirvientes armenios sirven y trabajan con la mayor lentitud posible. Tal es el material, y tal el personal invariables de su café turco.

Algunos de ellos aparecen con mas brillantéz ó importancia, y ofrecen graciosos modelos de arquitectura bizantina como el que representa nuestro grabado (la tienda de un barbero del barrio franco, cerca de Quantarat el Gelideh, en el Cairo, desde donde la vista domina el gran panorama de la mar y de las pirámides); pero ocioso es decir que tales maravillas son una escepcion de la regla general.

Cuando se penetra en las tiendas de los barberos turcos (y hay una multitud de ellas desde que caen las barbas bajo las reformas de Rechid-Pachá), hay que empezar por quitarse los zapatos ó las babuchas; luego es preciso sen-

tarse sobre una estera ó empinarse á una especie de sofá de palo. Allí llevan al parroquiano una pipa y una taza de café. La pipa es tan grande como diminuta la taza: la pipa puede renovarse á discrecion; los musulmanes fuman con mucha lentitud para gozar mas tiempo de aquel placer, por eso tardan lo menos dos horas en agotar una pipa durante cuyo intervalo se beben de quince á veinte tazas de café.

Cuando el musulman ha bebido y fumado, se acerca un jóven afilando su navaja sobre un cuero que pende de su cintura. El mahometano le entrega su cabeza y usa de ella como dueño absoluto. Para los indigenas esta es una operacion bastante sencilla; para los europeos es un tormento ordinario y extraordinario. El barbero inunda la cara del musulman de agua y jabon; durante lo cual se guarda mucho de abrir los ojos y de respirar por la nariz si le es posible; pero si es imposible no hay mas remedio que respirar y sufrir, pues el ejecutor es tan lento como impasible. Toma en seguida magestuosamente su navaja, y la pasea por la epidermis con la misma sangre fria que si trabajara sobre un maniqui: coge al paciente por las narices, por los bigotes, por los cabellos; pone su cabeza contra la pared, la apoya sobre su rodilla á derecha é izquierda, por delante y por detrás; estira y aprieta sus megillas y continua afeitando pasando y repasando al través de la espuma rosada, sin que le inquiete ver la sangre que se dispone á brotar, lo mismo que un curtidor que prepara la piel de un animal. Si el atormentado se queja, el barbero se hace el sordo: si aquel grita, este implacable: si se enfurece, el barbero es ciego, y si se le riñe es completamente mudo. Todo lo que de él se obtiene, es que trabaje con mas vigor, mas imperiosamente y que haga experimentar nuevos dolores. El musulman sale por último de este martirio con mil trabajos y penalidades, viendo al verdugo muy satisfecho de si propio enjugando su navaja entre el dedo pulgar y el indice, hace un reverente saludo, sacudiendo sus dedos á riesgo de salpicar el agua enjabonada y sucia en la cara. Despues de esta operacion, saca un nuevo utensilio de su bolsillo; le aplica á las orejas del paciente, las estira y las abre y sopla mucho llegando casi al estremo de ensordecerle, y raspa luego la oreja con aquel instrumento como haria una cocinera con una sarten oxidada...

Para un europeo ha terminado la crisis; no falta mas que mirarse á un espejo que le presentan y dejar en completo reposo los músculos dislocados, fumando la última pipa, sostenida con algunas buchadas de moka.

Para un musulman la operacion no ha llegado mas que á la mitad. Despues de la cara es preciso afeitarse el cráneo.

Véase en nuestro grabado aquella especie de embudo elegante colgado encima de la cabeza del paciente. El barbero deja que destile de él un agua tibia que cae indistintamente sobre la cabeza, la cara, sobre el pescuezo, y muchas veces sobre la ropa del parroquiano; pero los verdaderos musulmanes se resignan á todo:—¡Estaba escrito! como ellos dicen. Y esta palabra sola destruye en ellos toda idea de progreso.

Cuando el cráneo está rasurado del modo que acabamos de indicar, el barbero le perfuma con un aceite odorífero y le da el brillo sonrosado de una cabeza de una muñeca nueva. La pipa y el café coronan la funcion.

Y el turco se cree en el paraíso de Mahoma.

Para aquel que conoce la agitacion de nuestros cafés de España, y la bulla de nuestras tiendas de peluquero, este silencio y esta impasibilidad musulmana forman el contraste mas original del mundo.

Los turcos educados en Europa no abandonan un instante su sangre fria, mas que para ser mas calmosos en Oriente.



Dayadera persa sobre los hombros de su espectador.

Un día, en Constantinopla, un inglés, á quien le habian quitado sus caballos, acudió ante un gefe de policia que fumaba, inmóvil y mudo en un café. El insular se queja; pero no le responden. Sin embargo, el gefe de policia le habia comprendido pues hablaba el idioma del pais oriental. En fin, el inglés desesperado, declara que iba en busca de su embajador, para que hablase, si era posible, hasta al mismo sultan, y que la Gran Bretaña pediria por ello una satisfaccion.—La misma respuesta que antes.

Lo único que hizo el gefe de policia fué entreabrir la boca despidiendo dos bocanadas de humo para decir estas palabras:

—Quedo enterado.

Y tornó á su primera impasibilidad.

El inglés, aturdido al ver tanta flemma echó á correr.... Y segun noticias creemos que no ha dejado de correr todavía.

C. DE CH

HECHO CABALLERESCO

DE DON RAMON BERENGUER ARNAO,

NOVENO CONDE DE BARCELONA.

I.

Aunque el inmortal Cervantes con la publicacion de su nunca bastante ponderado y sublime poema el Quijote, acabó enteramente con los exagerados libros de la *Caballeria andante*, hasta el punto de no encontrarse ya sino rarísimos ejemplares de los innumerables que en su tiempo andaban en manos de todos, sin embargo, aquellos habian tenido origen, despojados de su inverosímil y ridícula exageracion, en hechos positivos, muy frecuentemente usados en la edad media, cuando la espada decidia todas las cuestiones de honor y de politica, y cuando á las luchas y combates parciales, autorizados por las leyes, se les llamaba el *Juicio de Dios*.

De aquí es, que dice muy bien el señor conde de Fabraquer en el lema que pone al frente de muchos de sus artículos: *que toda historia tiene algo de novela, toda novela tiene algo de historia*. El lance caballeresco del conde de Barcelona, don Ramon Berenguer Arnao, que voy á referir, no es mas que uno de los muchos episodios novelescos que á cada paso se encontraban en los antiguos libros de caballeria andante, y sin embargo, es un hecho histórico de su vida, que casi con los mismos detalles refieren los dos historiadores catalanes Berenguer de Puig Pardiñas y Bernardo Desclot.

Si atendemos á las leyes, á las costumbres, á la politica de nuestros dias, el hecho en cuestion nos parecerá una novela; en el siglo XI, si bien no era una cosa muy comun, no dejaba de verse algunas veces.

Don Ramon IV de este nombre, y el noveno en la série de los condes de Cataluña, por los años de 1082, habia sucedido en el gobierno de aquel floreciente y rico condado al conde su padre, conocido por el sobrenombre de *Cap de estopes*, llamado así, segun unos, por los espesos, ásperos y blanquecinos cabellos que tenia; y segun otros, y esto es mas cierto, por haberle cerrado con estopas las muchas heridas que en varias ocasiones habia recibido en la cabeza. No menos valiente que sus antecesores, era temido de sus enemigos y respetado de sus vasallos, y gobernaba con justicia su condado.

Hallábase una tarde en su palacio, cuando entraron á anunciarle que un hombre de trage y apariencia ordinaria, y extranjero, segun manifestaba su acento, deseaba hablarle, y que eran tantos los ruegos, tantas las instancias que habia hecho, tanto el interés que habia manifestado por alcanzarlo, que movidos á compasion se habian decidido á anunciarle

—Siempre los grandes señores, que tienen vasallos á su cargo, deben estar prontos á oírlos y á protegerlos, porque la dispensacion de la justicia que les está encargada no conoce horas ni lugares. Tal vez ese estrangero haya recibido alguna ofensa, ó necesite mi proteccion; y ni la humildad de su persona ni lo plebeyo de su traje le deben impedir acercarse á mí. Hacedle entrar.

A poco rato el estrangero estaba en la presencia del conde, fijos los ojos en el suelo, cruzados los brazos, doblada la rodilla, y esperando licencia para explicar su demanda.

—¿De dónde sois, y qué me quereis? dijo el conde.

—Señor, la baja condicion de mi persona no me niega abrigar sentimientos nobles y un corazon agradecido y generoso. Vos habeis tenido ya la bondad de admitirme á vuestra presencia, y no encontraré palabras con que manifestaros mi gratitud, si á esta merced añadís la de escucharme; pues os referiré mi afan en las mas breves palabras que me sea posible.

—Bien, explicaos, ya os escucho.

—Desde mis primeros años, señor, he servido como juglar á la escelsa emperatriz de Alemania, esposa del emperador Lotario IV, y he tenido lugar de conocer sus grandes virtudes, de admirar su hermosura y bondad, y de apreciar sus cualidades poco comunes. Tan hermosa como fiel y honrada hacia las delicias de su esposo y la felicidad de sus vasallos; pero hace seis meses que dos grandes condes de la córte de Alemania, se atrevieron á poner sus lenguas infames en su honor sin mancilla, y públicamente la acusaron de adúltera, destrozando con esta infame calumnia el corazon del emperador, que la amaba con delirio, y llenando de amargura al imperio.

No os ocultaré, señor, las apariencias en que apoyaron su desleal calumnia, y los medios de que se valieron para realizar su mal propósito. Hay en la córte del emperador muchos caballeros, entre los que se cuentan los acusadores, enemigos personales del padre de la emperatriz, que se esfuerzan por destruir su influjo, y debilitar el entrañable cariño que su esposo la profesa, y por lo cual se veía aislada en medio de su córte, rodeada de enemigos de la persona de quien recibiera el ser, y contrariada terriblemente en cuanto concierne á su familia. En esta situacion tomó por su confidente á un caballero de la primera nobleza, que en muchas ocasiones manifestara ya su adhesion á la emperatriz y á su real familia, para por su conducto conocer las intenciones é intrigas de sus enemigos, y valerse de sus consejos para contrariarlas. Natural era que distinguiese entre todos, y procurase colmar de favores á la persona que con tanto celo la complacia, y que consagraba su tranquilidad, su vida y sus riquezas á su esclusivo servicio. Pero jamás su alma noble pudo abrigar ningun pensamiento villano; jamás por su pura imaginacion pudo pasar la mas lijera sombra de infidelidad. El emperador lo sabia, notaba esta marcada preferencia, pero conocia tambien la causa, y lejos de desconfiar de la virtud de la emperatriz, ni de abrigar la menor sospecha contra su honor, distinguia tambien al caballero, y confirmaba cuantas gracias su esposa concedia á su favorecido.

La ambicion y la envidia, unidas al odio implacable que los contrarios abrigaban contra el padre de la emperatriz, les hizo formar mil intrigas contra el favorito para derribarle y separarle de la córte; pero viendo que el poderoso

influjo de la emperatriz hacia inútiles todos sus esfuerzos, se resolvieron á perderla infamemente, y formularon ante la córte del emperador la acusacion de adulterio, prometiendo sostenerla con las armas en la mano, probándola contra cuantos les desmintiesen, ó muriendo como caballeros en la demanda. La elevada posicion de los acusadores, que son de los primeros condes del imperio, el mucho partido con que cuentan, y su valor personal, que es grande, ha hecho enmudecer á todos. El caballero favorito, temeroso de la venganza del emperador, ha desaparecido; y en todo el imperio de Alemania ni una sola voz se ha levantado públicamente en favor de la emperatriz, si bien en secreto todos proclaman su inocencia, y lloran su desgracia.

Desde entonces la inocente señora gime encerrada en estrecha prision, despojada de todo consuelo humano, y sin hallar un corazon valiente y noble, un caballero que se encargue de su defensa. ¿Qué habia de hacer yo, pobre y desvalido juglar, en favor de la inocencia mas limpia tan vilmente calumniada? ¿De una señora, pura como el mas terso cristal, incapaz de tan feo delito? ¡Ah señor! Mi conviccion y mi gratitud me han hecho prosternar ante todos los magnates del imperio, y todos tienen miedo; he doblado la rodilla ante multitud de principes estrangeros, y nadie ha oido mi súplica. Vos solo, señor, cuya fama de caballerosidad llega hasta los últimos confines del mundo, cuyo brazo ha sido siempre el azote del malvado y guarda del agraviado é inocente; cuyo valor no encuentra enemigos sino para vencerlos; vos sois el único en quien confío que tomará á su cargo la defensa de la virtud oprimida, la causa de la justicia, la rehabilitacion de la emperatriz. ¡Salvadla, señor, salvadla por piedad!

Concluidas estas palabras, el aleman se prosternó en el suelo, y anhelante é inquieto esperaba la respuesta, que habia de sostener ó matar del todo su esperanza; que habia ó de coronar ó de inutilizar completamente sus esfuerzos en favor de la justa causa de su señora.

La sangre hervia en las venas del valeroso conde al escuchar tanta infamia, y su amor por la justicia y el deseo de hallarse en defensa de una causa que era la de la hermosura y la inocencia, inflamaban su imaginacion ardiente y apasionada por los lances donde pudiese hacer alarde de su valor y destreza. Si los acusadores se hubieran hallado delante de él, los hubiera anonadado de una sola mirada. Pero recobrando toda su serenidad y aplomo dijo al aleman:

—Como ninguna señal, ningun escrito autoriza tu delicada mision, como ninguna prueba presentas que confirme la verdad del relato que acabas de hacerme, no es extraño que nadie haya tomado sobre sí tan arriesgada empresa; porque tú puedes ser un impostor; tú puedes muy bien ocultar la culpabilidad pública y manifiesta de la emperatriz, y esto comprometeria altamente el nombre del que se declarase en su favor. ¿Qué pruebas darás tú de su inocencia al que aceptase ser su caballero?

—Es verdad, señor; despues de la acusacion á nadie le es permitido hablar con la emperatriz sin permiso del emperador; ¡y qué títulos tenia yo para pedirlo ni alcanzarlo! ¡Yo, que no cuento con otra cosa que con un corazon agradecido, qué pruebas puedo presentar! Pero aqui está mi cabeza, yo la ofrezco gustoso en testimonio de la inocencia de mi señora. Encerradme en un calabozo, y si vuestros informes no corresponden á la relacion cierta que acabo de

haceros, hacedme perecer entre los tormentos mas inauditos. Yo me sujetaré á cuantas pruebas tengais por bien exigirme, y si aunque perezca yo, vos aceptais el amparo de esta causa, no lo dudo, el cielo salvará á mi inocente señora.

—Será verdad cuanto habeis dicho, añadió el conde, pero ya veis que el cuidado de mis estados, el amor de mis vasallos, y las consecuencias que para ellos y para mí podria traer compromiso tan arriesgado, y mucho mas en un país estranero, me impiden acometer esta empresa. Sin embargo, no perdais enteramente la esperanza; el cielo es justo, y quién sabe.... Si volveis á Alemania procurad por todos los medios posibles ver á la emperatriz, ó hacedla saber de mi parte que tenga confianza en Dios, que jamás abandonó la inocencia; que sufra con resignacion la dura prueba porque está pasando, y espere con valor el término de su justa causa.

—Cumpliré, señor, vuestro encargo; pero si vos no la socorreis, mucho temo sea víctima de la calumnia.

Pocos momentos despues, el juglar salia desconsolado del palacio del conde, porque sus palabras no contenian mas que esos consuelos generales que da todo el mundo, pero que no satisfian su deseo. Sin embargo, el conde quedaba en profunda meditacion, discuriendo ya los medios de salvar á la emperatriz, y de dar mayor realce y fama á su valor en una empresa, en que la justicia y la galanteria estaban igualmente interesadas.

II.

El fiel y agradecido juglar habia vuelto á Alemania, y lo grado que llegasen á noticia de su desolada señora las muchas diligencias que habia practicado para encontrar un caballero que, desmintiendo á los acusadores, volviese por su honor inicuamente manchado; pero no pudo ocultarle el poco fruto de sus diligencias, pues nadie habia querido tomar parte en su dolor. Solo el noble conde de Barcelona habia parecido tomar algun interés, y le habia dicho algunas palabras de consuelo, y le hizo repetir testualmente las palabras de don Ramon Berenguer. Un presentimiento consolador hizo que al principio la emperatriz sintiese algun tanto reanimada su esperanza. Mas esta fué desvaneciéndose poco á poco; pasaban los dias y los meses, el término fatal se acercaba, y en la corte del emperador se comenzaba á hablar de los preparativos para el horrible suplicio en que debia morir quemada viva la emperatriz.

Lotario, que amaba tiernamente á su esposa, y que no podia creer en su espermentada virtud el feo delito de que era acusada, estaba triste y abatido; y á pesar suyo, impedido por la ley, tuvo que dar las órdenes indispensables para que preparasen la liza, que ya creia quedaria sin uso, y á su lado la hoguera, cuya espantosa realidad se pintaba en su imaginacion con los mas vivos colores.

Entretanto el valiente don Ramon, aunque guardando un profundo silencio sobre sus caballerosos designios, habia formado su plan y se habia dedicado con esmero y asiduidad á dejar arreglados los negocios de su condado. Uno por uno habia considerado á todos los caballeros de su corte, habia examinado sus antecedentes, habia calculado su valor, sus hechos de armas, y habia tomado en cuenta su lealtad. Muchos eran los caballeros catalanes de cuyo va-

lor y fidelidad tenia pruebas abundantes; pero sobresalía entre todos uno llamado Bertran de Roquebruna, que le era muy adicto, y tenia muy bien sentada fama de ser uno de los mas valientes del país (4). Decidióse, pues, á elegirle por compañero, y llamado á su presencia, comunicó con él su pensamiento de tomar sobre sí la causa de la emperatriz de Alemania; y como eran dos los acusadores, le preguntó si se hallaba pronto á acompañarle y pelear por tan justa causa. Bertran de Roquebruna aceptó la propuesta con marcadas señales de satisfaccion y júbilo, y le prometió con juramento ser con él en aquella empresa, hasta hacer declarar á los fementidos acusadores la inocencia de la emperatriz, ó morir en la batalla. Entonces el conde le abrazó tiernamente, le proporcionó los medios necesarios para hacer los preparativos del viage, y encargándole el mayor sigilo, le aplazó para el tiempo preciso en que debian partir.

El conde, que por la relacion del juglar sabia el día preciso en que cumplia el plazo, aguardó hasta el último momento, y cuando calculó que no faltaban mas que los días precisos para hacer el viage, encomendó el gobierno de su condado á su esposa doña Dulce, y á un consejo de los prohombres del país, y salió de Barcelona sin mas compañía que Bertran y diez escuderos de su mayor confianza. Conducian estos á buen recaudo finas y bien templadas armas, y seis magníficos y briosos caballos de batalla. Ninguna insignia ni divisa distinguía á los dos caballeros gefes de aquella expedicion, y aunque la magnificencia de los caballos y el séquito de diez escuderos indicaban que eran personas distinguidas, su traje comun y de simples viajeros, y el sigilo tan rigurosamente encargado á todos, no dejó traslucir la alta categoria del conde, que como su compañero, viajaban bajo nombre supuesto.

Entretanto en Alemania se hacian los últimos preparativos para la terrible ejecucion. El emperador habia hecho pregonar en todas las ciudades del imperio la acusacion y reto de los condes mantenedores, y el día en que cumplia el plazo concedido á la acusada para su defensa. En la puerta principal del palenque, los acusadores habian fijado carteles, en que aseguraban haber hallado á la emperatriz en mal caso contra su esposo, y juraban mantenerlo en el juicio de Dios con las armas en la mano, á pie y á caballo, con lanza y espada, contra todo el que osase desmentirlos, y debajo de los carteles habian colgado sus escudos de armas, que custodiaban los archeros y heraldos del imperio. Estos habian ya arreglado las condiciones del duelo, y habian hecho pregonar el día y hora en que espiraba el plazo de un año concedido por el emperador, pasado el cual, si antes algun caballero no habia hecho patente en el juicio de Dios la inocencia de la emperatriz, esta sería quemada viva.

A este efecto á la parte exterior del palenque, pero tan cerca que desde él podia verse perfectamente el combate, se habia levantado un magnifico mirador de madera cubierto de ricos paños de terciopelo negro con franjas de oro, pero lleno por debajo de seco y bien preparado combustible, de modo que ardiese con fuerza y prontitud. Este mirador habia de ocuparle la emperatriz sola desde antes de comenzar la lucha, si se presentaban defensores, y en

(4) Bernardo Desclot dice: Bertran de Roquebruna fo de Proenza, d'onrades gents, é bon caballer de fets d'armes. E el emperador avial exilat de sa terra per tal com li for carregat que habia stat á la mort dun senescal, qui staba en Proenza por l'emperador.

caso de no desde el momento que espirase el plazo para que la ejecucion fuese al instante.

Tres solos dias faltaban y nadie se habia presentado, ni habia noticia ninguna de defensores. La desolada señora veia ya sin esperanza acercarse la hora terrible en que su nombre iba á quedar para siempre feamente mancillado; y el horroroso tormento de la hoguera, le parecia que comenzaba á abrasarle las entrañas. El emperador afligido recordaba la hermosura, las virtudes de su esposa, á quien creia calumniada, y cuyo tremendo castigo, si llegaba á realizarse, no borraba, antes por el contrario, hacia eternamente indeleble la mancha que se decia impresa en su honor. ¡Pero qué partido podia tomar! La acusacion habia sido pública, la leyes en consecuencia le obligaban á lavar su afrenta con aquel terrible suplicio, ¡y nadie, absolutamente nadie en todo el imperio se atreve á defenderla! ¡Estarán todos convencidos de su infidelidad y mi afrenta! (decia con inquietud.) ¡Será posible que entre tantos nobles, entre tantos valientes caballeros como cuento en mis estensos dominios, ninguno deje de creerla culpada! ¡Ni uno solo se atreverá á desmentir á los acusadores, á presentar una sola prueba en favor de la acusada! ¡Dios mio, Dios mio! Si fuera inocente, ¿cómo habiais de permitir que así fuese hollada la virtud, que así quedase triunfante la calumnia?

Anonadado y confundido bajo el peso de tan amargas reflexiones paseaba lentamente por su cámara, cuando le fué anunciado, que dos caballeros desconocidos deseaban hablarle.

—Que pasen al momento, dijo conmovido; y su corazon comenzó á latir apresuradamente, presumiendo que vendrian á justificar á su esposa.

No se engañaba, pocos momentos despues el conde de Barcelona y Bertran de Roquebruna armados de punta en blanco y calada la visera doblaban la rodilla ante el emperador, que les recibió digna pero afable y cortesmente, y les preguntó el motivo de su llegada.

—Señor, le dijo el conde, la fama de la hermosura y virtudes de la emperatriz vuestra digna esposa, así como tambien la infame calumnia que sobre ella pesa, ha llegado á nuestros oidos, aunque somos extranjeros, y de tierras bien apartadas de vuestro imperio. Ni cedemos en títulos de nobleza á los acusadores, ni como caballeros podiamos ver ultrajada impunemente la inocencia, que por las leyes de caballeria estamos obligados á amparar: y así os suplicamos nos concedais permiso para tomar á nuestro cargo la defensa de la emperatriz, y confundir á los calumniadores en el juicio de Dios.

—De grado os concederé lo que me rogais, pero los acusadores son condes de la primera nobleza de Alemania, y necesito saber vuestro nombre y alcurnia, para que ellos sin desdoro puedan aceptar el reto, segun previenen las mismas leyes de caballeria que me citais.

—Nos permitireis, gran señor, que ocultemos nuestro nombre porque así conviene á nuestra nobleza, que os afirmamos con juramento, compite con las mas encumbradas. Si Dios permitiere que fuésemos vencidos en la lid, sobre nuestros cadáveres encontrareis las pruebas de nuestra nobleza: si quedásemos vencedores, nuestras vidas estarán á vuestra merced, y no os arrepentireis de habernos confiado la defensa de vuestro honor.

—Solos estamos, y yo os empeño mi palabra imperial de que os guardaré secreto. Decidme vuestro nombre y títulos, y vuestra peticion será otorgada en el momento.

—No dudamos de vuestra caballerosidad y sigilo, pero razones de mucha importancia nos obligan á guardar el incógnito. Antes de la lucha, nuestro nombre solo puede ser conocido de una sola persona, de la emperatriz. A ella sola lo revelaré si me otorgais licencia para hablarla antes de comprometerme á su defensa, porque necesito oir de su boca las pruebas de su inculpabilidad. Si, como lo creo, me convengo de que ha sido infamemente calumniada, sabrá mi nombre, y él solo bastará á tranquilizarla; y vos, señor, que conoceis las altas ideas de vuestra esposa, debeis estar convencido de que jamás aceptaria por su caballero á persona que por su rango no lo mereciese, y cuyos blasones no fuesen mas nobles que los de sus contrarios. Aceptad, pues, esta condicion, y respetad nuestra exigencia, y estoy segurísimo de que jamás tendreis motivo de arrepentiros.

Viendo el emperador la tenaz insistencia de los caballeros, y apremiado por la necesidad, otorgó cuanto le habian pedido, y despues de prodigarles mil delicadas atenciones, y de darles el salvo-conducto para que pudiesen entrar en el arresto de la emperatriz, y hablarla sin testigos cuantas veces lo creyeran oportuno, los despidió, ofreciéndoles velar por su seguridad personal.

La desolada emperatriz gemia entretanto en su estrecha prision, privada de todo humano consuelo, y casi enteramente perdida la esperanza de que nadie acudiese á su defensa. Varias veces habia recordado que su juglar le habia hecho decir en nombre del ilustre conde de Barcelona, que tuviese resignacion y confianza en Dios; pero los meses habian trascurrido sin volver á tener la menor noticia de aquel caballero, y entonces veia que aquellas palabras de consuelo no eran una promesa. El plazo iba á cumplirse dentro de dos dias, el cadalso estaba preparado, y su imaginacion exaltada por la proximidad y certeza del peligro ya no le permitia ver mas que la hoguera, las voraces llamas en las que entre horribles tormentos iba á perder su vida y su honor. Su rostro pálido y desencajado habia adquirido cierta estúpida inmovilidad; sus ojos abrasados y enrojecidos de tanto llorar, ya no le daban el alivio de derramar lágrimas, y errantes y sin expresion se fijaban en un crucifijo, á cuyos pies estaba prosternada, y á quien ya no podia dirigir mas que ahogados y roncosp suspiros. Su corazon latia con tanta fuerza, que involuntariamente habia puesto la descarnada mano sobre él como para contenerlo, sus fuerzas se habian agotado.... Pero de repente se abrió la puerta de la cárcel, y dos hombres vestidos con el hábito de monges aparecieron en el umbral (1).

Al ruido de la puerta volvió la emperatriz maquinalmente la cabeza, y al verlos, creyendo que iban á arrancarla toda esperanza, á prepararla para el suplicio, dió un grito horrible, y al hacer el último esfuerzo para huir, las fuerzas la abandonaron, y cayó al suelo sin sentido.

El conde, que para mejor sondear su corazon y sentimientos, para convencerse por sí mismo de su inocencia,

(1) Bernardo Duclot dice que el conde habia llevado á prevención este traje para mejor poder informarse de la verdad y socorrer á la emperatriz.

había adoptado aquel traje, que tan perfectamente encubría su cualidad, conoció entonces las horribles ideas que el hábito había suscitado en la imaginación de aquella señora, y postrado junto á ella besando y bañando con sus lágrimas su fría y delicada mano, la decía:

—Tranquilizaos, señora, volved en vos, nuestro traje nos hace traición. No somos, como de costumbre en tales casos, precursores del suplicio y de la muerte, nuestra misión es de alegría, de consuelo. Oídme, bien, venimos á ofreceros un defensor, un caballero cuyo brazo jamás vencido en ninguna lid, salvará vuestra vida, os hará triunfar de vuestros enemigos, y os devolverá puro vuestro honor baja y villanamente calumniado.

La emperatriz comenzaba á volver en sí, y estas palabras penetrando hasta el fondo de su alma, eran como un espíritu salvador que la arrancaba del sepulcro. Poco á poco fué reanimándose, y como si volviese de una horrible pesadilla, fijó los ojos en los frailes que tenía á sus pies, mientras que se limpiaba el sudor frío que corría por su frente.

—¡Un defensor!... ¡Un caballero!... ¡Un brazo invencible!... ¡Mi honor... Si, yo lo oía en mi delirio... su mano fuerte y nervuda oprimía la mía... Pero no le veo... no; vuestro traje... Si, ya lo comprendo, yo soñaba... ese hábito... ¡Ah, no me lo ocultéis, sois ministros del Dios de misericordia, y venis á anunciarme que no se ha dignado tenerla de mí en este mundo de engaño pero en la eternidad me hará justicia!

—Señora, por Dios olvidad el traje que he tenido la imprudencia de adoptar; el que os habla viene á salvaros, á ofreceros un consuelo positivo. Si podeis alegar alguna prueba de vuestra inocencia, si estais segura de no haber manchado el talamo de vuestro esposo, yo en nombre de ese Dios de misericordia, que jamás abandona al que le invoca, vengo á poner á vuestros pies la espada y la vida de un nobilísimo caballero, que vengará vuestro ultraje:

(Se concluirá.)

JOSE QUEVEDO.

GEOGRAFIA PINTORESCA



Italia.—Vista del Lago mayor.

HISTORIA DE MAURICIO.

(Continuación.)

SOLEDAD.

El sol acababa de desaparecer cuando Mauricio llegó á lo mas empinado de la colina. Cuando tuvo el poniente á

derecha un poco hácia atrás miró hácia el sudeste. Las nubes se estendian en el horizonte figurando una cordillera de montañas que hasta cierto punto cubrian el objeto que buscaba con tanta ansiedad. Tuvo mucho tiempo sus ojos clavados sobre aquellas masas coloreadas por los últimos rayos del sol; esperaba verlas en fin entreabrirse ó elevarse para dejar ver los montes de Asturias; las nubes no se desplegaban, y contemplaba tristemente aquellos vapores reunidos, que figuraban á su imaginacion mil fantasmas



Mauricio, Cascabel y el señor cura.

estravagantes ó amenazadores. La sombra que subia de la tierra, el silencio cada vez mas grande, los graznidos de las aves de rapiña, el aislamiento en que se hallaba en un pais desconocido, todo esto le llenó de angustia y de espanto. Buscaba un refugio donde pasar la noche y sentia no haber aceptado el asilo que la pastora le habia ofrecido. Ninguna casa se presentaba á su vista. Por otra parte, la

idea de que su filiacion andaba de mano en mano le causaba una viva inquietud; los hombres le habian llegado á ser sospechosos, y sin embargo, la soledad oprimia su corazon.

—¡Ay, padre mio! exclamaba con voz ahogada. ¿Qué será de mí?

Distinguió cerca de un encinar, un molino de moler

trigo que aparecía como una gran sombra en una pradera apartada, y habiéndose dirigido hacia esa parte:

—¿Vendrán á buscarme hasta aquí? se preguntó recordando los temores del día anterior.

Consiguí fabricarse en el lado menos espuesto al viento, un alojamiento bastante cómodo para él y su fiel compañero. Su cama era mejor, pero su abrigo menos bueno que el de la noche pasada. Un viento borrascoso soplabá cruelmente; no obstante, habían sido muchas las fatigas del día para no encontrar bien pronto el descanso.

UNA BUENA ACCION.

Cuando despertó Mauricio, tuvo ocasion de ver que se hallaba en un hermoso país; la agricultura allí, era rica y variada; por todas partes praderas, viñas, campos, vergeles. Distinguió á lo lejos hermosas y pintorescas aldeas al través de los copudos árboles. El humo, indicio de la primer comida, se elevaba en ligeras columnas por encima del follage. Las mesas de familia iban á animarse en todos estos domicilios, y en ninguno de ellos esperaban á Mauricio. El sonido de las campanas le recordó que era domingo, y sintió mas que nunca no poder asistir al oficio divino. Pero el espanto de los alguaciles que le perseguían no se apartaba de su mente.

Siguió con precaucion las veredas mas apartadas, y esclamaba tristemente mirando las hayas:

—Hay visibles apariencias para sospechar que no podré desayunarme como ayer. ¡Ni un avellano veo entre tantos arbustos! En su defecto cogia algunas moras. De repente vió Mauricio que Cascabel movía con el hocico un objeto situado á orillas del camino; pasó á recogerle y vió que era una bolsa de cuero. Había dentro unas cuantas monedas; una pieza de oro valor de cuatro duros y seis pesetas. ¡Oh fortuna!

Luego que Mauricio se hizo cargo de aquella cantidad, sintió una especie de disgusto, porque le ocurrió esta sencilla reflexion:

—Mi deber sería entregar este dinero al alcalde del pueblo, y seguir mi camino; pero ¿y si me conoce por la filiacion y me recompensa con la cárcel? Seguro que no podré librarme de los malos tratamientos que mi perseguidor me prepara.

Después de haberlo reflexionado, el niño supo tomar un partido muy juicioso, y que se podría aconsejar á muchas gentes que se vieran en iguales circunstancias; este partido consistía, en esperar en aquel mismo sitio lo que pudiera suceder.

—El que haya perdido este dinero no dejará de apercibirse de ello bien pronto. No andemos mucho, decía mi buena tía, sin registrar dos ó tres veces la bolsa. El hombre retrocederá; conoceré en su fisonomía el sentimiento de la pérdida, y no arriesgaré entregar este dinero tal vez á algun bribon.

Estos buenos pensamientos decidieron á nuestro viajero, el cual se puso en acecho: pero atento á su propia seguridad, al mismo tiempo que á los intereses del dueño de la bolsa se ocultó detrás de una enramada para esperar el suceso. Ya hacia dos horas que se encontraban en perenne expectativa sin haber visto á nadie. Se moría de hambre; Cascabel no sufría menos que su amo, pero el deber sostenía á Mauricio en su puesto, y decía:

—Si yo me alejo, puede venir el hombre mientras tanto, y habré perdido mi trabajo y él su dinero.

En fin, vió aproximarse lentamente un eclesiástico, llamado sin duda por su ministerio á la vecindad, y este encuentro hizo cambiar al niño de resolucion. Salíó de su escondite y se dirigió modestamente hacia el cura.

—Señor cura, le dijo, acabo de encontrarme aquí una bolsa: tiene dentro mucho dinero y una pieza de oro. Yo esperaba aquí que el hombre que la ha perdido viniese á buscarla; pero me es imposible permanecer mas tiempo.

Tenga vd. la bondad de reemplazarme en mi trabajo, pues sabrá mejor que yo lo que es necesario hacer para que la bolsa vuelva al poder de su dueño.

—¿Y si no pareciera, hijo mío?

—Lo reparte vd. entre los pobres.

—Lo haré como lo dices, amable niño. Estoy seguro que su dueño aprobará que yo te entregue parte del hallazgo.

—No hay nada mío ahí dentro, señor.

—¿No aceptarás ni siquiera una de estas pesetas?

—No, señor; pero si es la voluntad de vd. recompensar al que verdaderamente lo merece, (Mauricio mostraba á Cascabel), todavía no se ha desayunado, y yo he visto en esta bolsa algunas monedas de cobre, yo las recibiré con gusto para comprarle pan.

Por mas que suplicó el cura no logró que el niño tomase mas de lo propuesto por él, y después de haber hecho un respetuoso saludo, se alejó muy contento con doce cuartos de su bolsillo.

LAS SOPAS DE AJO Y LOS BUENOS CONSEJOS.

Pronto distinguió una pobre cabaña situada fuera del camino y en mitad de una estensa campiña. Creyó que las pesquisas no habrían llegado hasta allí, y se determinó á penetrar en ella para comprar pan. Encontró la familia sentada á la mesa. Un vapor grasiento y confortativo, que salía de los platos, y el olor de unas sopas de ajo hirieron con prontitud el olfato de nuestro peregrino. Sin embargo, Mauricio limitaba su ambicion á recibir un buen pedazo del pan de maíz que veía sobre la mesa. Hizo su peticion con voz intranquila, enseñando los cuartos que llevaba en su bolsillo.

Un hombre de aspecto venerable le respondió:

—Nosotros damos pan al que le pide; y jamás le vendemos.

—Es que somos dos, respondió timidamente Mauricio, mostrando á su perro que levantaba el hocico con precaucion y olfateaba los sabrosos vapores de la comida campestre.

—Bien, hijo mío; no debemos olvidar á nuestros amigos; todo el que tiene buen corazon me complace, y tú has ganado el mío.... Blasa, da á este niño la sopa que reservabas para la noche: este niño no está acostumbrado á pedir. Viendo de la manera que quiere á su perro, y del modo que su perro le corresponde, he formado de él buena opinion.

Mientras que el honrado labriego hacía estas morales reflexiones, y otras ademas, semejantes á un Salomon de aldea, Mauricio y Cascabel comían con el mayor apetito y competencia. El pan y el queso llenaron el vacío que la sopa podía haber dejado en el estómago de Mauricio. Una

vez cumplidos los deberes de la hospitalidad de una manera tan generosa, el labriego se creyó en derecho de hacer hablar á su huésped, y le preguntó los motivos que tenia para recorrer el pais de aquella manera.

Mauricio se contentó con responder que iba á reunirse con su padre, porque se habia quedado de repente sin asilo y sin recursos por la muerte de su buena tia. Esta confidencia, siendo la única que creyó deber hacer, la hizo mas estensa refiriendo los detalles de la muerte de su parienta, pues conoció que el aldeano tenia necesidad de oír hablar. El niño no pudo librarse de una segunda pregunta.

—¿Dónde está tu padre?

—Dentro de Asturias; pero á muchas leguas de aqui.

—¿A muchas leguas de aqui? Es un viage bastante largo.... ¿Y caminas tú solo?

—Con Cascabel.

—De algo te servirá; imagino que tu perro no dejará que te maltraten sin dar ejercicio á sus mandibulas. Pero en fin, ¿llevas dinero? ¿llevas pasaporte?

—Llevo doce cuartos, puesto que vd. no los ha querido; no llevo pasaporte, ni sé lo que se hace con él cuando se emprende un viage. Yo camino bajo la custodia de Dios.

—Es la mejor guarda; pero para caminar hace falta el pasaporte. Has de saber que hay una policia, y ¡ojalá fuese mas severa para libertarnos de todos esos vagabundos tan dañosos á los do nicilios campestres! No digo esto por tí, amigo mio; pero figúrate cuál seria tu vergüenza, si te vieras confundido con los criminales, y que te llevaban de justicia en justicia entre dos soldados ó alguaciles.

A esta palabra fatal se estremeció Mauricio. El labrador que atribuyó esta emocion repentina á su elocuencia, dijo al niño poniéndole la mano sobre el hombro:

—Hijo mio, regresa á tu aldea; es lo único razonable que hallo para un niño tan bueno como tú, y acuérdate de aquel adagio de nuestros mayores, que decia: quien ama el peligro en él perece.

Mauricio recogió este proverbio con aspecto dócil y reconocido; saludó y dió gracias al caritativo aldeano, y se ausentó con una nueva inquietud. Ahora veía por delante el mismo peligro que por detrás; por todas partes veía sales y escopetas; preocupado con estas imagenes caminaba á paso lento, sin cuidarse de Cascabel que marchaba silenciosamente detrás de él.

UN MENDIGO DE MALAS TRAZAS.

Le sacó de este estado reflexivo un caminante de mala catadura que le saludó con estremada familiaridad. Era un hombre en lo mas florido de su edad, robusto, de anchas espaldas y de humor jovial y chancero; lo cual le pareció extraño al niño, porque la ropa del personage en cuestion estaba sucia y llena de remiendos y girones. Caminaba cargado con un saco, por cuyos agujeros se dejaban ver una infinidad de men-fuegos de pan.

Mauricio habia tardado en dirigirle el saludo, porque la presencia de este hombre le habia dejado estupefacto; es verdad que tambien se habia estado ocupando de su perro, que comenzó á ladrar de una manera siniestra, y tuvo que asirle por el collar, temiendo que mordiese las piernas del transeúnte.

—Niño, ¿tanto te cuesta devolverme un saludo? ¿Desprecias tal vez mis harapos? Has de saber que si quisiera vestirme de señor, me seria muy fácil; pero en el oficio que yo ejerzo, vale mas inspirar la compasion que la envidia. ¿Dónde vas? Apostaria cualquier cosa á que tú tampoco lo sabes. Tu tienes todo el aspecto de un niño que se fuga de la casa paterna, ó de la tienda donde aprende su oficio. ¿He acertado?

Mauricio absorto por haber encontrado semejante compañía no supo que responder. El mendigo le observaba con sonrisa burlona, y le vino la idea de divertirse un rato con su inocente candidez.

—Si has abandonado un amo ó un maestro malo, yo no te lo vitupero. Yo tenia tu edad, sobre poco mas ó menos cuando hice otro tanto; ya lo ves, en este mundo el fuerte conduce al débil como quiere y hasta donde quiere: hay gentes á quienes no les conviene este partido, y conocen desde muy temprano el precio de la libertad. Cuando podemos gobernarnos á nosotros mismos, ¿por qué hemos de consentir que nos pongan el freno y la brida como á una bestia? Dicen que nuestro deber es trabajar, pero vale mas sustraerse á este precepto. Yo no he hecho nada en toda mi vida, y me encuentro divinamente con este régimen de vida que yo me he impuesto.

Dicho esto, el hombre sonrió con aire satisfactorio. Despues aremangándose una de sus mangas dejó ver uno de los brazos mas fornidos, y al cual hubiera mirado un trabajador con envidia, como un admirable instrumento de fortuna. Mauricio miró de arriba á bajo al desconocido, y al instante se acordó de su padre. ¿Qué diferencia entre los discursos que oía ahora y los que habia escuchado toda su vida! Sin poderlo explicar todavia, sintió todo lo que habia de cobarde y vil en las inclinaciones de aquel mendigo. Quería separarse de él y no sabia como hacerlo. En fin, pretestó el cansancio, y se sentó bajo un nogal situado á cierta distancia del camino y se escusó de no poder caminar mas lejos. El hombre, que no estaba dispuesto á dejar tan pronto su presa, se situó al lado de Mauricio, y le preguntó donde pensaba comer. El niño contestó que lo pensaria mas tarde, á lo cual el mendigo, habiendo dicho se sentia con apetito, abrió el saco, y tomó de entre los men-drugos una caja de hoja de lata que tenia alli cuidadosamente escondida. La abrió y sacó de ella un hermoso trozo de carne de vaca asada, y de otra caja del mismo material, pero de distinta forma, sacó una botella de vino y medio pan blanco.

—¿Qué dices tú de esto, camarada? esperando otra cosa mejor, creo que esto te conviene.

Mauricio hubiera querido rehusar; pero no se atrevió á ello, porque temia ofender al desconocido. En su consecuencia se dejó servir, y hasta copiosamente. Por lo demas, si se suponía humillado comiendo el pan del perezoso, y de ser convidado por un andrajoso, su hambre era demasiado significativa para que no espermentase algun placer en satisfacerla. Se dejó persuadir y hasta bebió un trago de vino, lo cual le hizo encontrar palabras.

El mendigo se regocijó de verle mas dócil, y dijo:

—Ya ves que el oficio no es tan malo, y que sustenta á un hombre. Pero tú no lo sabes todo. Has de saber, que tal como me ves, soy mas rico que todos los labradores que cultivan estos campos y habitan estas cabañas: yo vivo en

un granero, es verdad, pero tengo oro y plata oculto en todos los rincones.

El niño no pudo resistir á la tentacion de preguntar como tenia oro sin trabajar.

—¿Cómo le tengo? pidiéndolo á aquellos que lo tienen. Escito la compasion de los unos, fatigo á los otros, á otros les infundo miedo; los hombres tienen siempre una parte flaca por donde se dejan coger.

—¿Y cómo escita vd. la compasion? Si le ven á vd. tan robusto, ¿no le dicen que trabaje?

—¡Pobre inocente! exclamó el hombre; mira, tú vas á ser testigo de mi manera de obrar. Aquí viene un coche, y te juro que no pasará sin pagarme su tributo.



Cascabel halagado por el mendigo.

Despues de haber hecho esta especie de reto, recogió los restos del festin, lo metió todo en el saco, y echándose-lo á la espalda, se dirigió hácia el carruage hablando en voz baja y afectando un temblor convulsivo. En este momento habiendo considerado Mauricio la cara del mendigo vió que no le reconocia; tanto habia sabido arrugarse y envejecerse. Aquel hombre tan robusto, parecia ahora el hombre mas desgraciado y el mas miserable del mundo. Asi, cuando se acercó al carruage y salmodió su peticion con voz temblorosa y afflictiva, no pasó mucho tiempo sin que cayera en el suelo una moneda. Cuando el coche hubo pasado, la recogió el mendigo ejecutando un movimiento cómico, y la mostró desde lejos á Mauricio, al lado del cual regresó con aspecto satisfactorio. Sus dolencias se habian disipado como por encanto, y tuvo cuidado de meter la moneda en una bolsa de cuero.

—Lo que llevo aquí es una futesa, dijo el mendigo; cuando se hace muy pesada, la cambio por una de plata ó de oro. Tengo cerca de cuarenta mil reales reunidos en mi granero.

—¡Cuarenta mil reales! ¿Y prosigue vd. en tan mal ejercicio?

—¿Qué dices? replicó el hombre. ¿Encuentras malo lo que yo hago, es decir, mis ardides? ¿Quién no los hace en este mundo? Los hombres han nacido para engañarse los unos á los otros. Aquí abajo no se trata mas que de sacar su ganancia jugando. Cuando juegas, ¿qué quieres mejor, perder ó ganar?

—Yo quisiera ganar.

—Eso es lo que yo hago, ganar.

—En buen hora; pero yo quiero mejor trabajar.

—¿Y si yo te ofrezco una parte de mis economías á condicion de que vigiles mi domicilio cuando yo no esté en él? ¿Qué tal? Nada tendrás que hacer. Te aseguro á los dos meses de esta vida, no querrás otra. El niño meneó la cabeza en señal negativa, y como ya se habian puesto en marcha, detuvo el paso con la intencion evidente de separarse del mendigo.

Este que se habia interesado un tanto en el juego hizo esfuerzos vanos por reducir al niño, y dijo con humor:

—Si no puedo tenerte á tí, al menos tendré á tu perro, Y observó que Cascabel habia concluido por familiarizarse con el vagabundo. Este comenzó á echarle algunos pedazos de pan; luego le sobaba con la mano y le llamaba. Cascabel le seguia. El hombre observaba el buen éxito de su obra, y fué poco á poco dejando atrás á Mauricio. El perro volvía por momentos la cabeza, y regresaba como para llamar á su amo; hubiera querido conciliarlo todo, y tan pronto seguia al mendigo, como volvía al lado de su dueño. Esto duró algun tiempo, Mauricio llamaba á Cascabel, pero no tenia nada que darle; el mendigo le regalaba con frecuencia, y menudeaba sus larguezas á fin de escitar su apetito sin satisfacerle. En fin, llegó el momento en que la amistad, el cariño, fueron superiores á la glotonería, y por mas que trabajó el seductor, mostrándole los mejores men-drugos, vió que Cascabel se reunia con Mauricio y no logró que le siguiera mas.

Entonces varió la escena. El hombre se encolerizó y le amenazó, y volvió atrás para hacer daño á sus convidados ingratos. Viéndose burlado en sus proyectos, quiso vengarse.

El niño se detuvo temblando de miedo y dispuesto á hincarse de rodillas; pero Cascabel viendo adelantarse al hombre con el palo levantado, marcha resueltamente á su encuentro con los ojos ardientes y el pelo erizado. A semejante aspecto, se detuvo el mendigo, y Cascabel hizo otro tanto. Los dos campeones se miraban como dos gallos dispuestos á la pelea. No se puede saber lo que hubiera sucedido, si el hombre no hubiese divisado un coche. No quiso esponerse á tener que intervenir con la justicia, sabiendo por experiencia que nada se gana en ello, y se declaró en retirada con gran satisfaccion de Mauricio.

MAURICIO HACE UN MAL CONOCIMIENTO.

A fin de no esponerse á encontrar otro enfadoso personage resolvió no caminar mas lejos, con tanta mas razón,

cuanto que la comida que habia hecho á pesar suyo le dispensaba buscar una nueva posada. Miraba, pues, á uno y otro lado, procurando descubrir algun retiro donde pudiese pasar la noche que se aproximaba. En este momento llegó el coche á su lado. Le conducia un vejete estrangero de nariz puntiaguda, los ojos chiquitines y el cabello gris y algo crecido y desordenado: el vestido correspondia á su peinado, y sin embargo, este hombre no era un mendigo. Habia en sus maneras cierta cosa insinuante que podia seducir á una persona sin experiencia. Miró á Mauricio sonriendo, le saludó afectuosamente, y ya iba á proseguir su camino cuando le detuvo un súbito pensamiento. Observó cuidadosamente al joven viajero y le preguntó en español chapurrado que hacía donde caminaba. Nuestro interlocutor era francés; Mauricio no sabia contestar, pues á medida que adelantaba, decaía su valor, y por otra parte, no podia pensar sin estremecerse, regresar á casa del señor Santiago. Mientras mas tiempo pasaba, mayor suponía la cólera de aquel sugeto. En su consecuencia, respondió con bastante embarazo á la pregunta del viejo. Cuando este hombre supo, en fin, cuales eran, ó mas bien, cuales habian sido las intenciones de Mauricio, le dijo que el cumplimiento de semejante proyecto, era la cosa mas fácil del mundo, y que si queria solamente seguirle le llevaria á esa montaña blanca donde estaba su padre.

Mauricio manifestó su gozo á semejante proposicion; pero espresó sin embargo sus temores. No tenia pasaporte... ¡los alguaciles!... Seria preso como un vagabundo. El anciano le tranquilizó, y allanó todas las dificultades, y dijo seguidamente al niño.

—Tú voyagas con un pero amico meo, y maa yo con dose come tú le ver.

Con efecto, muchos perros que iban dentro del carruaje asomaban los hocicos por las ventanas; era una verdadera coleccion de perros de todas las castas, y se llamaban perros sábios. El amo vivia de la ciencia de estos animales. Después de haber dado estas esplicaciones, volvió á sus ofertas.

—Si tú juntarte á mí, tu alimentacion ser mucho asecurada; los talentos de mes actores basta pur nos faser vivir bien. Mi tener papeles en bone forma, y tú no los necesitar, pasque mi ta presentará come un petite servidor á mí. Yo te conduziré á las manos de tu padre. Regarda come tu pero se familiarisa con los mios; ellos farán buena menage y nosotros de la meume manera.

Mientras que el vejete francés hablaba de esta manera y con el acento de la seducccion, los perros llamaban la atencion de Mauricio; sus actitudes, sus movimientos le divertian. Como habia oido hablar de perros sábios sin haberlos visto nunca, se hallaba estraordinariamente seducido por el atractivo de tan curioso espectáculo. El amo de los perros vió con placer que uno de sus educandos terminaria fácilmente lo que sus palabras habian comenzado. Cogió una doguilla y la puso en el suelo, y á su mandato empezó á bailar con tanta destreza, que Mauricio quedó maravillado. Grandes ó pequeños, todos nos dejamos engañar á veces á poca costa. Cuando la bailarína hubo dado fin á su minué, el niño la acarició y dijo al viejo:

—Yo iré con vd.

El astuto farsante, para hacer gustar á Mauricio su nueva posicion, le dijo:

—Alon al caro; él fase mocho tampo que mí lleva el caballo por la brida, y tú no serás enojado, mí lo precisa, de reposar. Alon; será mocho presiso que arribemos antes de la noche á la premiere village.

HUMILLACION.

Situáronse juntos en el asiento del coche, y Cascabel seguia á pie, sorprendido de ver á su dueño tan elevado. Mauricio no sabia cuales eran los proyectos que el viejo habia meditado. Este hombre no habia podido conservar á su lado á un jovencillo servidor que le secundaba en los espectáculos que daba en los pueblos. Las cuestiones tan comunes entre estas clases de gentes habian indispuerto al amo y al criado, y Mauricio debia sucederle en su empleo. ¿Qué hubieras dicho tú, honrado y laborioso Prudencio, si hubieses sospechado lo que iba á ser de tu hijo Mauricio? Aquel del cual pensabas sacar un arquitecto, iba de lugar en lugar haciendo bailar á los perros para divertir á los tontos. Si hubieras visto representar á tu hijo este papel degradante y ridiculo; ¡cuál seria tu dolor y tu confusion!

Ignorando que convirtiesen en un oficio este pasatiempo que le divertia en el camino, se prestó desde el primer día á todo cuanto quisiera de él Mr. Frisquet; así era como se llamaba el viejo farsante. Con este nombre era conocido en toda la comarca, y cuando los niños le veían llegar, era para ellos un gran motivo de alegría y de algazara. Muchos tuvieron envidia de Mauricio cuando le vieron con su gorro encarnado con galon de oro, hacer ejecutar á la compañía perruna sus evoluciones al mismo tiempo que tocaba el tambor.

Cosa admirable, Cascabel pareció como que sentia la humillacion á quese condenaba su amo. La primera vez que le vió vestido con su estravagante librea, le ladró como si no hubiera querido reconocerle. Mauricio procuró inútilmente imponerle silencio con sus palabras, y cuando recurrió á los medios rigurosos, el pobre perro se alejó de él triste y confuso, dirigiéndole miradas donde se pintaban la reconvencion y el descontento.

No obstante, Mauricio lo olvidaba todo con el placer de admirar la gentileza de los sábios discípulos de Frisquet, y como veía á los niños grandes y á los pequeños que se estasiaban delante de este miserable espectáculo, no concebía que debiese avergonzarse de tomar una parte activa en estas groseras representaciones. Al contrario, se lisonjaba de verse puesto en escena, y si habia demostrado el primer día alguna torpeza, en lo sucesivo fué tomando mas aplomo; secundó maravillosamente á su amo, y concluyó por ser uno de los personajes mas importantes de la compañía perruna.

SOSPECHAS FUNDADAS.

Cuando se fueron calmando sus primeras emociones, conoció que se caminaba á pequeñas jornadas, y algunas veces, comparando el curso del sol con la direccion de su marcha, le pareció que no se dirigia al monte blanco. Se lo manifestaba al viejo, el cual contestaba que eso consistia en los rodeos que habia que hacer por el camino, y que muy pronto tomarian una direccion diferente. Sin embargo, otro día conoció Mauricio que el camino tampoco era directo, y se lo manifestó á Frisquet.

—Eh bien, si tú crearás que no vamos derechos, vete tú por donde tú querrás; pero, pero ríndeme á muá la ropage que tienes sobre el cuerpo, que ella es á mí.

—¿Cómo quiere vd. que le devuelva la ropa? Vd. ha tomado la mia en cambio y la ha vendido.

—Tu perro me arruinaba á mí, pasque tú no haberme dicho que mascaba como cuatro.

—Es decir, que vd. quiere despedirme desnudo.

—No haber otro remedio que restar con mí.

—Quedaré con vd. si me promete llevarme á donde está mi padre.

—Todo camino lleva á Roma; nosotros iremos á la montaña blanca.

—¿Y cuando llegamos á ella?

—Mucho pronto. Prande pasiencia. Pasado de mañana estaremos en una petita poblacion donde tú brillarás mocho. Yo te aprenderé esta noche una nueva malisia que te hará mocho honor. Fia en mi experiencia, y nada te inquiete á tí.

Estas palabras no tranquilizaron al niño. A fuerza de pedirle su confianza, el anciano la perdió, porque sus acciones desmentian sus discursos. Mauricio comenzaba á arrepentirse de haberle seguido. Desgraciadamente, al unirse al amo habia tomado un afecto cada vez mas vivo por sus bailarines, á punto de ocasionar celos al pobre Cascabel. En fin, Mauricio no pensaba mas sino en que habia tomado un vil y ridiculo ejercicio, y en que empleaba muy mal su tiempo. Una casualidad le ilustró mas todavia sobre el particular.

PODER DE UN BUEN RECUERDO.

Cuando entró en el pueblo que Frisquet le habia indicado, vió un edificio de modesta apariencia, sobre la fachada del cual estaban escritas estas dos palabras: *Instruccion primaria*. Esto bastó para turbarle. Se acordó de la escuela de su aldea, de su querido maestro, y de las últimas exortaciones de su padre. Se detuvo de pronto, y fijó la vista en el letrero.

—¿Qué regaldas tú? le preguntó el viejo.

Mauricio señaló con el dedo el objeto que llamaba su atencion.

Este hombre habia perdido de tal manera en su miserable vida el gusto de todo lo que era loable, que imaginó otra cosa que la verdad. Supuso que Mauricio miraba la escuela con sentimiento rencoroso, y que se alegraba de haberla dejado. La sala de la escuela tenia un encanto agradable, pues anunciaba el fin del trabajo, y los discípulos salian alegremente de dos en dos con el maestro. A semejante aspecto Mauricio no pudo menos de echarse á llorar, por lo cual el vejete se encolerizó.

—¡Pues te encontra mi en manera buena para dar plaser á las gentes de la poblacion! Mi no quiere un niño que plora. Alon ¡alecra! ¡regarda bien que tú no senarás!

Hé aqui el tono que empleaba ya el vejete para hablar á su compañero. Despues de las seducciones y las caricias apelaba á las amenazas con la esperanza de irlo poniendo bajo su yugo; pero esta vez lo escapó muy mal; Mauricio estaba demasiado afectado por lo que habia visto, para ceder pacientemente á las caprichosas exigencias de Frisquet. Murmuró; Frisquet le tiró de las orejas; el niño, que nunca

se habia visto tratado de aquella manera, lanzó fuertes gritos; el vejete levantó el látigo para corregirle como hacia con sus discípulos. Mauricio indignado huyó á todo escape pidiendo socorro. El hombre siguió en su persecucion, olvidando en su furia el coche y los perros; Cascabel corria con Mauricio y ladraba al mismo tiempo, y los otros perros, escitados con esta escena violenta, se salieron casi todos del coche, y tomaron parte en el desórden con sus frenéticos ladridos, y ofrecieron al pueblo un espectáculo enteramente nuevo. Mientras tanto Mauricio y Cascabel ganaban terreno, cuando un hombre que venia por el lado opuesto, viendo á un anciano en persecucion de un niño, suponiendo la justicia en la mayor edad, se interpuso con los brazos abiertos á la carrera de Mauricio, y hubiera podido costarle caro, porque Cascabel corria á vanguardia; felizmente Mauricio apercibió delante de una casa de bella apariencia un señor de edad respetable, que parecia afligido de esta escena. El niño, aturdido, se fué hacia él, y estrechándole con sus brazos exclamó con ternura:

—Sálveme vd., caballero.

El caballero le preguntó por qué huía así de su padre.

—No es mi padre.

—Al menos será tu maestro.

—No señor; por mi desgracia me reuní con él en el camino.

Y ya daba principio á su historia, cuando el vejete llegó y quiso obrar con autoridad. El caballero le detuvo diciéndole que era el alcalde del pueblo, y le obligó á declararle la manera de que se habia valido para tener en su poder aquel niño. Frisquet respondió sin titubear que su padre le habia puesto á su servicio, y Mauricio se esforzó en probar que aquello era una mentira. Se le dijo al hombre que mostrase sus documentos, y como allí no constaba que el niño estuviese á su servicio:

—¿Sabe vd., le dijo el alcalde, que se puede sospechar que vd. le ha robado?

El francés comprendió el riesgo que corria, é invitó al mismo Mauricio á que dijese la verdad, lo que éste hizo con el mayor candor, y por lo tanto se pudo dar fé á cuanto decia.

Mauricio, refiriendo sus aventuras, y procurando inspirar una idea favorable, porque esto le era muy necesario, refirió la historia de la bolsa encontrada, con sus menores detalles. Ahora conviene saber, que un periódico de la capital de Asturias, titulado *El Faro Montañés*, en su crónica de provincias, habia hecho mencion de este honroso hecho, y todos quedaron encantados al saber que el pobre arlequín era el héroe de aquel suceso.

UN BUEN ALCALDE.

—Hijo mio, le dijo el alcalde, aquel que sabe conducirse tan bien, merece ejercer un oficio mas honroso que el de hacer bailar á los perros. Nosotros te devolveremos á tu padre; yo me encargo de ello. En cuanto á vd. que se ha permitido engañar y estraviar á este niño, procure vd. ausentarse de esta comarca, y le prohibo terminantemente ejecutar en este pueblo ese miserable espectáculo, que no se debería sufrir en ninguna parte, porque es altamente inhumano.

El alcalde proporcionó á Mauricio un vestido mas de-

cente, le recogió en su casa, le hizo cenar, y dispuso que durmiera en una habitación que tenía vistas á una huerta y al campo. Hacía mucho tiempo que el pobre niño no había estado tan bien. Tuvo además el permiso para que el pobre Cascabel durmiera en una cuadra.

Hubiera pasado una noche tranquila, y sin duda los cuidados del hombre caritativo que le había recogido le hubieran pronto vuelto á su padre, si el pobre Mauricio hubiese tenido la felicidad de dormirse al instante segun su costumbre; pero no sucedió así. Las emociones de aquella tarde no habían dejado aun de atormentarle; todo estaba tranquilo en su derredor, y la sala de audiencia del alcalde no estaba separada de la suya mas que por una tapia muy delgada, y se le vigilaba. A eso de las once un hombre alto y con una escopeta entró en casa de la vigilante autoridad, y Mauricio oyó la conversacion siguiente:

—Escopetero, vd. me responde de él.

—Señor alcalde, vd. descuide.

—Partirá vd. mañana al rayar el día, y no le dejaré usted que se separe un momento de vd.

—Si se revela, señor alcalde, aquí llevo yo un famoso correctivo.

—Hará vd. bien de tomar todas las precauciones posibles.

—Serán cumplidas sus órdenes de vd.

—Basta, no hablemos alto, que hay gentes que duermen á nuestro lado.

Mauricio no dormía, ya lo hemos dicho; y este diálogo le privó del sueño enteramente; figuróse que aquella conversacion le concernía, y su corazón latía de espanto y de indignación. ¡Este hombre que le pareció tan bueno quería tratarle con semejante crueldad! El niño sudaba, y daba en su lecho incesantes vueltas.

Cuando se apaciguó el ruido en la casa, y cuando creyó que todos dormían, se levantó sigilosamente y se acercó á la ventana que daba á la huerta.

Juzgó á la claridad de la luna que no le sería difícil descender; tomó al momento su partido, y se escurrió hasta que llegó á la huerta. ¡Oh! ¡Cuánto sentía no poder entrar en la cuadra para libertar á su querido Cascabel! Le dejaba prisionero entre sus enemigos, y además temía que se sirvieran del fiel animal para ir en su persecucion. Dió algunos pasos con direccion á la cuadra, pero le pareció que la puerta estaba bien cerrada, y no se atrevió á ir mas lejos en su aventura. ¡Dichoso él si podía salvarse de tamaño peligro!

CASCABEL.

Se puso á correr en el campo sin saber donde se dirigía, sin otro objeto que el de ganar terreno, á fin de ponerse á cubierto de toda clase de peligro; pero aun le quedaba mas que sufrir todavía; el aislamiento en que le dejaba la ausencia de Cascabel redoblaba su tristeza y su temor.

—¡Padre mío! ¡padre mío! exclamaba de vez en cuando, y los sollozos embargaban su voz. El corazón y la cabeza no se hallaban en su estado normal, y el cuerpo experimentaba iguales fatigas, y tanto el sueño como la fatiga hacían sucumbir al pobre Mauricio. Por eso, levantando los ojos al cielo, y mirando el curso apacible de la luna, dejaba escapar por intervalos la exclamacion acostumbrada de los que sufren.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Los rayos de la luna herían sus ojos como dardos inflamados, y el niño, prosiguiendo su curso errante, levantaba lloroso las manos al cielo.

Luego que hubo llegado á una pradera que formaba una especie de valle, y que ofrecía un retiro mas seguro que todos los lugares por donde había transitado, advirtió por un olor á leña quemada, y poco despues por una débil claridad, que una fogata abandonada por los campesinos ardía todavía. Dió gracias á la Providencia por aquel precioso socorro que le enviaba, y acudió á la fogata; encontró manera de poderla reanimar. En primer lugar, secó del mejor modo que pudo su calzado y su ropa empapada con el rocío; en seguida se tendió al lado de la lumbre, y esta vez, el exceso de la fatiga le hizo dormir profundamente.

Dejémosle algunos momentos sumergido en sus sueños, mas dulces que su vida, y sepamos lo que había sido durante este intervalo de su compañero de viaje. Cascabel, siempre fiel y reconocido á pesar de los justos motivos de celos que le habían dado los perros sábios, no dormía nunca bien sino lo verificaba al lado de su amo. Le habían dado no obstante, leche; estaba en una cuadra bien caliente; acurrucado en un rincón al lado de los caballos, debajo del lecho colgante en que el palafrenero acababa de saltar, pero esto no podía bastar á un corazón como el suyo.

—¿Dónde está Mauricio? ¿Qué es de él? ¿Por qué nos han separado?

Todas estas cosas se las preguntaba aullando el pobre animal. El palafrenero procuró imponerle silencio, y no obtuvo otra cosa mas que ligeras pausas, porque las quejas volvían pronto á reproducirse. El hombre impaciente apeló á las vías de rigor, y esto produjo un nuevo trastorno; los caballos empezaron á relinchar, y se agitaron dando frecuentes brinco; en fin, nadie dormía en la cuadra, porque Cascabel se encontraba separado de Mauricio.

Las noches de los palafreneros no son largas, y exigen ser bien empleadas. Este, perdiendo por último la paciencia, abrió la puerta al incómodo huésped, y le dijo despidiéndole con un puntapié:

—Vete á dormir donde quieras.

Cascabel recibió el puntapié sin quejarse, porque hubiera pagado mas cara su libertad. Cuando se vió en el patio, siguió la pista de su amo por la huerta, por el campo, y no se desvió de la huella un solo instante.

Queda á la consideracion de nuestros lectores la alegría, las turbulentas caricias de este animal, cuando encontró, despertó y saludó á su querido amigo. Mauricio sintió en un principio mas espanto que placer; temió que Cascabel no viniese solo; se incorporó, prestó el oído atento algunos instantes, sin corresponder á las manifestaciones de amistad que el pobre animal le prodigaba, y habiéndose asegurado que nadie se acercaba, reparó su primer espanto y devolvió á su buen perro caricias por caricias. Estas duraron mucho tiempo por parte del uno y del otro.

EL CALDERERO AMBULANTE.

Helos aquí de nuevo dueños de sí propios y dispuestos á correr nuevas aventuras. Mauricio enteramente entregado á la alegría de haber encontrado su perro, no tuvo la idea que podía perjudicarle en la nueva fuga que acababa

de verificar. Tan pronto para entregarse á merced de aquel pérfido Frisquet, como para emanciparse al instante del bien que queria hacerle un hombre de bien, tenia que pagar con nuevos sufrimientos su pasada precipitacion.

Se puso en camino desde que asomó el dia, decidido á informarse esactamente, en la próxima aldea, del camino que debia seguir para ir á la montaña blanca. Despues de cinco ó seis horas de marcha, llegó á un pequeño caserío, y la primera persona que vió, fué un calderero ambulante, de aquellos que se ven comunmente en Asturias y en otros paises de España, que componen en el camino diferentes utensilios de cocina. Este hombre habia establecido su taller ambulante al abrigo de un muro ruinoso, y en un grande agujero que habia en la tierra estaba la leña ardiendo que ponía candente el metal preparado á su elaboracion. El calderero se desayunaba en este momento; su pan, casi

tan negro como sus manos, y un plato de carne asada escitaron el apetito de la famélica pareja. El hombre se apercibió de ello y no tardó en detener al jóven viagero para obligarle á que probase de lo que yantaba. Cuando supo de lleno la historia de Mauricio, redobló sus instancias, y le dijo:

—Dos forasteros que se encuentran tan lejos de su casa no deben carecer de socorro. Yo te propongo, amigo mio, lo mejor que se puede ofrecer á una persona honrada; trabajo y pan. Por lo que veo, tienes que hacer todavia un largo viage, y te falta dinero; permanece una semana conmigo, te alimentaré, y ganarás trece cuartos todos los dias. Con esto podrás ir mas lejos sin pedir nada á nadie.

Mauricio dió á entender que temia ser reconocido.

(Se continuará.)



Mauricio, Cascabel y Mr. Frisquet.

ESTUDIOS MORALES.



Labatut arrojando flores sobre la tumba de su esposa.

EL CIEGO DEL PERIGORD.

Pedro Labatut, joven voluntario del Perigord, se distinguió entre los héroes que marchando delante de la Europa conjurada contra los franceses obtuvieron señalados triunfos. Imagen ardiente, pero lijera; valeroso, pero irresoluto, el voluntario, despues de haber ganado dos charretteras en el campo de batalla, le cogieron prisionero los ingleses, los cuales le condujeron á Sicilia. Escapado del cautiverio, encontró en Mesina una joven siciliana, que consintió en casarse con él, y pronto llegó á ser padre de un niño que se llamó José.

TOMO X.

Nacido para las artes y los sufrimientos, este niño dió sus primeros pasos sobre el suelo encantador que inspiró á Virgilio.

El inconstante Labatut tenia apenas con que atender á las necesidades de su familia. Las poesias originales de los *Trovadores* acababan de aparecer en Francia; el prólogo de este libro le hizo saber que un literato compatriota suyo y amigo de su infancia, Mr. Pelissier, habia llegado á ser colaborador del célebre académico autor de esta obra. Despiértase en él un sentimiento patriótico que le devuelve su natural movilidad: quiere volver á ver á la Francia y pedir á su amigo trabajos literarios. Vende á toda priesa lo poco que posee y se embarca con su muger y su hijo. La embarcacion inglesa que le conduce vira en Gibraltar,

6

y acto continuo se declara allí una enfermedad pestilencial; la esposa de Labatut se ve atacada de ella y muere.

José, el niño, conservó la espresion del dolor profundo que le ocasionó la pérdida de su madre. Desde entonces ha visto siempre, en sus sueños, á su padre arrojando un ramo de flores sobre aquella tumba que dejó en el pais del destierro....

Despues de una travesía larga y peligrosa, queda Labatut arruinado con su hijo, sobre las costas de Francia.

Parte de Calais en diciembre al través de la nieve, con su mochila á la espalda y llevando de la mano al pobre José de edad de cinco años, que tropieza á cada paso, fatigoso y lleno de frio, y pide á su madre y al sol de Sicilia. «¿Por qué, decía el niño, es tan dura y tan blanca esta tierra? ¿por qué caminamos bajo este cielo tan oscuro y tan frio? ¿por qué estos hombres que hablan sin que yo los entienda no nos abren sus casas para que descansen en ellas?»

Cuando José, tiritando de frio y de fatiga no podia andar mas, el padre procuraba calentar sus manitas heladas, y llevándole sobre su espalda, le cubria con su capota hasta el sitio donde la compasion le consentia el abrigo de una granja ó de un establo.

En fin, á las nueve de una noche de enero, con un tiempo sombrío y lluvioso, los peregrinos llaman á la verja de una hermosa casa situada en la estremidad de la calle de Basse de Passy en Paris. Es la residencia del secretario perpetuo de la Academia francesa y del bienhechor á quien buscaba Labatut. Mr. Pelissier acoge con benevolencia al antiguo amigo á quien reconoce; su pobreza y la de su hijo le conmueven hasta el punto de derramar lágrimas, y toda la casa habitada por dos familias amigas, se entristece á la vista de los tristes viajeros. Una señora se apodera del niño, le despoja de sus vestidos empapados por el hielo, le vuelven á vestir á toda prisa; procuran curar los llagados pies de José, el que sorprendido al ver tantos cuidados, se reanima y dá gracias á su bienhechora, en su dulce lenguaje italiano. Ya se cree en su cuna y al lado de su madre.

Pronto el fugitivo recibe cartas del Perigord que le escitan á volver con su hijo á su pais natal. Una dulce hospitalidad le ha devuelto las fuerzas y el valor; tornan á ponerse en camino, pero en un buen carruaje y sin temer el hambre.

Despues de una residencia de algunos meses en el seno de su familia, Labatut, cuyas multiplicadas angustias habian gastado su vida, murió dejando su interesante huérfano bajo la custodia de su familia, que habiendo venido á menos se dispersó. Una parienta lejana, viuda, que no tenia mas que un hijo, tuvo compasion de José, y le sirvió de madre; pero esta madre tan compasiva estaba casi en la indigencia. Engañada en sus pensamientos generosos respecto á un niño á quien no podia ni aun enseñar á leer, encontró el recurso de un cura anciano que se encargó de José y le enseñó algo de lo poco que él sabia. Ya se desarrollaba en su jóven imaginacion el gusto imperioso de las escenas de la naturaleza; experimentaba los éxtasis de un alma formada para las artes y que supone con frecuencia locas ilusiones aquel que no puede comprenderlas. El invierno era un tiempo perdido para la instruccion. Encerrado en el presbiterio, el pobre José, que leia muy mal y

que apenas sabia formar una letra, encontró en el fondo de un armario un tomo de una traduccion de la *Iliada* adornada con viñetas; las escenas homéricas trazadas con el buril le inspiraron deseo de leer la obra. La curiosidad fué su maestro, y consiguió descifrar el poema que le encantó, y en su entusiasmo, se divertia en trazar con cisco sobre las paredes las figuras de Aquiles, de Hector, de Venus y de Elena. El cura toleraba las hablillas de sus feligreses, y el ama se complacia en elogiar al dibujante porque en sus informes bocetos creia ver á los santos y á las vírgenes del calendario.

En este jóven que ensuciaba las paredes se revelaba el artista. El celo que demostraba en este inocente ejercicio despertó la atencion de su primer bienhechor, de Mr. Pelissier, que habiendo pasado algun tiempo en Perigord, volvió á ver al hijo de su desgraciado amigo. Le condujo á Paris, y le colocó en el taller de uno de los primeros pintores de aquella nacion; los rápidos progresos, la superior inteligencia del niño, hacian esperar el mas lisonjero porvenir. Sin embargo, sin cerrarle las puertas á su gloriosa carrera de artista, pareció prudente agenciarle un medio de subsistencia con una ocupacion industrial que armonizara con la del artista. José fué un excelente litógrafo, y bien pronto una ganancia regular puso su talento al abrigo de la miseria.

La doble tarea que se habia impuesto con un ardor y una constancia indecibles, agotó sus fuerzas y llegó á alterarse su salud. Una oftalmia dolorosa, que pareció ceder á los primeros cuidados de la medicina, se manifestó de nuevo con síntomas alarmantes. Los esfuerzos de los mas hábiles oculistas no podian ya combatir los progresos del mal. José desesperado abandona á Paris y sus pinceles, y parte en busca de los bosques y de las montañas para respirar el aire embalsamado que respiró en su infancia; pero en vano. Cada dia que pasa es mas espesa la oscuridad. ¿Cómo soportar la vida en un mundo, que para él no será mas que una tumba?

Pero en un alma fuerte, el valor es superior á los dolores. José domina la desesperacion, y vuelve á emprender un nuevo sendero con el poder de su imaginacion. Lo que ya no ve con los ojos lo aperece su alma; torna á ver las imágenes de la naturaleza con los colores que le presta su memoria.... El pintor llega á ser poeta, y canta al cielo, que ya no ve; canta inspirado por los sentimientos que le agitan, por los tormentos de las pasiones; canta las alegrías de la esperanza, los sueños del orgullo, las delicias y los sufrimientos de la vida. No traza sus meditaciones con signos, pero los graba con sus recuerdos. Las páginas de su vasta memoria están siempre dispuestas á recibir, á conservar las creaciones de su pensamiento. Lo que aprendió en otro tiempo lo medita, lo desarrolla y lo estiende; se acuerda de todo ó lo adivina.

Pero este mártir, ya lo hemos dicho, era pobre y sus padecimientos exigen necesidades mas dispendiosas. José habitaba en casa del médico que le habia curado; no lejos de allí vivia una familia que consolaba al enfermo; una jóven de diez años no encontraba en esta residencia aislada ningun medio de instruirse, y José se impuso la noble tarea de enseñarla lo poco que él sabia. Por medio de cuidados ingeniosos hizo conocer á la jóven los primeros elementos del lenguaje que él mismo habia mas bien adivi-

nado que aprendido; enriquecía su memoria con rasgos de generosidad, con apólogos interesantes, con páginas de los grandes escritores, y con poetas que José sabía de memoria.

La joven educanda correspondía dignamente á los cuidados del maestro; á su lado aprendió á pensar con nobleza, y á conducirse de una manera conveniente y honrosa. Dotada de un talento elevado y sencillo al mismo tiempo, de una sensibilidad profunda, y de un juicio esquisito, encantaba con sus lecturas, con su conversacion inocente y cándida, al infortunado José. Siempre dispuesta á probarle su reconocimiento, adivinaba sus gustos y se complacía en prevenirlos.

Emma llegaba á la edad en que los tesoros de un alma viva y tierna se esparcen espontáneamente sin desconfianza, abrigándose en la pureza de su corazón. José tenía gracia y donaire en su apostura; su cara pálida por el dolor, era interesante y bella; la inteligencia y el sentimiento parecían devolverle todo el brillo que sus ojos habían dejado de prestarle. Emma se había acostumbrado á la ceguera de José; orgullosa de cuanto debía á este guía, el reconocimiento era su primer deber; cinco años de asiduos cuidados la habían detenido á su lado en una dulce familiaridad; ella siempre le había considerado como á un tierno hermano. Las almas honradas no desconfían de nadie; todo es puro para la virtud; José al lado de Emma experimentaba un sentimiento inefable, de que daba repetidas gracias á su joven amiga. Cuando ella se aproximaba, cuando hablaba, José creía verla, y en efecto la veía, porque la creaba en su pensamiento; á su lado no sentía nada de lo que había perdido, pues Emma era para él la luz, el sol del desierto de su vida.

Sin embargo, preséntase un partido ventajoso para su discípula, y él lo sabe; amigo de la familia no le ocultan nada. A la primera idea de la felicidad de Emma acepta presuroso; pero de pronto le sobrecoge una violenta agitación que altera su espíritu y su corazón; no sabe lo que le pasa, si es alegría ó tristeza, ternura ó desesperación: se siente desfallecer, y las lágrimas corren por sus mejillas, y mientras permanecía inmóvil en un estupor doloroso, Emma se acercó.

—José, le dijo con voz conmovida: os debo cuanto soy; vos habeis formado mi alma educando mis sentimientos; vos los habeis aproximado á los vuestros; ¿puedo yo dejar de consolaros, dulcificando vuestra vida de la cual yo no puedo separar la mia? Vos sereis para mi como yo soy para vos.

José se precipitó á los pies de Emma.

—Al menos he conocido la felicidad un momento, dijo José; ven, Emma; acabas de derramar en mi corazón un gozo interminable, y en mi última hora no se apartará de mi lado. Pero basta; no, yo no acepto tu generoso sacrificio. ¿Envolverte yo en mi suerte miserable? ¿Encerrarte en las tinieblas en que vivo cautivo! ¡Oscurer los primeros hermosos dias de tu primavera! No, no te conduciré al abismo de mis desgracias; no multiplicaré de este modo mis angustias. Me está reservado nada mas que un consuelo, y ese es tu felicidad; si, tú serás dichosa; tu inefable bondad, tu talento, tu razon esparcen en derredor de tí la calma, la alegría y la esperanza. La felicidad, de la que tú eres el manantial, volverá hácia tí. Nada temas, que yo sabré

soportarlo todo, hasta la privación de escucharte; lejos de tu amigo dulcificarás sus instantes: te veré en mi corazón y te escucharé, porque nunca estarás ausente; llenarás mi soledad, y llegarás á ser mi divinidad; te confiaré mis penas, mi contento, mis esperanzas, en fin, tu sola felicidad bastará para los dos.

Emma fuera de sí, agitada por la tempestad de sus sentimientos, inundada de lágrimas, permaneció inmóvil. De pronto le arranca de su dolorosa emocion la llegada de sus padres, que no ven en esta escena despedazadora mas que el amargo sentimiento de dos amigos que se separan.

Las nuevas tentativas de aquella tierna y generosa mujer, no tuvieron otro resultado que oponer al sacrificio de un alma amante la inflexibilidad de la virtud.

Emma, alentada con el ejemplo de aquel que ella llamaba su maestro, se entregó al marido escogido por la prudencia paternal. José puso en práctica toda su noble firmeza, y se sintió elevado por el sacrificio que hacia á aquella á quien amaba mas que á su vida; aceptó su suerte como hombre acostumbrado á todas las angustias del infortunio. Resignado á no vivir mas que para sufrir, logró dominar su desesperación, pues cuando las torturas de la vida no anonadaban el pensamiento, la fortifican y la fecundan; pero José recibió del choque mismo de los dolores una segunda existencia. Estendióse su imaginación, y encerró en ella un mundo nuevo, sintiendo que era poeta. Los suspiros de su aflicción, la voz de su conciencia resonaron en él como cantos armoniosos, cuyo eco animaba su soledad; un fuego divino iluminaba sus tinieblas, y semejante á Milton, pudo pintar los diversos aspectos de un mundo eclipsado á sus ojos: tornaba á ver en su ingeniosa memoria todo lo que había admirado; el gran libro de la naturaleza se cierra en vano en su presencia; puede leer todavía en él; pero solo, desnudo de todo recurso, ¿cómo conservará los frutos de su pensamiento? Estos cantos resonarán como un sonido pasajero que murmura, que se debilita y se estingue. No, la inteligencia de José es poderosa, y como si la naturaleza enriqueciese uno de sus sentidos, con aquello que toma á otro, llega á ser inmensa su memoria, recibe, conserva y clasifica todas las producciones de su espíritu activo y variado. Halagado por los ensueños de la imaginación, embriagado con el dulce éxtasis de las escenas que traza, con las delicias de la letra poética, el talento de José aparece fecundo. El poeta creía no carecer de nada, mas el hombre experimentaba un despojo absoluto. Felizmente, muchos jóvenes de las cercanías acudían á reclamar su enseñanza, y él les indicaba las fuentes del saber y los instruía con su moral; su dignidad en la desgracia era un noble ejemplo que le hacia ser querido y respetado de sus discípulos: nada exigía, vivía con poco y encontraba además el secreto de dar al que era mas pobre que él. El literato que aun cuando distante, atendía á su suerte, vino á Perigord y obligó á que dictara las composiciones que prefería su gusto.

De este modo se completó un volumen con lo que produjo la memoria del poeta. Devuelta á París, Mr. Pelissier no titubeó en hacer imprimir á su costa la obra de su protegido. La originalidad, el giro un poco extraño del solitario, y su vigorosa dicción junta con la profundidad de sus pensamientos dieron gran reputación á su libro.

La obra probaba un talento verdadero, y la posición del poeta le dió la apariencia de un prodigio. Entre las produc-

ciones de la época, las *Poesías de un ciego* fueron distinguidas por la Academia francesa.

Hoy, José Labatut, al abrigo de la miseria puede llevar, sin sufrir demasiado el doble peso de la desgracia y del título de escritor.

M. DE F. F.

LA TOQUEILLADA. La superstición del mal de ojo existe ó ha existido en casi todos los pueblos.

En el Indostan, los europeos llaman *toqueillada* al supuesto privilegio que tienen ciertos indios de afectar con sus miradas los objetos en que se fijan, y determinar estos objetos y modificarlos á su antojo. Pero cada uno de estos semi-hechiceros no atentan contra todos los objetos indiferentemente. Unos, por ejemplo, matan los pollos mirándolos; otros ponen á las gentes enfermas; otros ponen en movimiento tal ó cual pasión; inspiran súbitamente la cólera ó la envidia, la alegría ó la tristeza. En fin, hay quien con una sola mirada destruye árboles y casas.

Ocupábase un misionero en hacer derribar una antigua iglesia con el fin de construir otra; un lienzo de pared se resistía á los esfuerzos de los trabajadores indios. Uno de ellos se atrevió á decir al misionero: «Padre, si estuviere aquí cierto sugeto no nos fatigaríamos tanto. Tiene la *toqueillada*, y la pared caerá á tierra con una de sus miradas.» El misionero sonrió, é hizo venir al hombre con la esperanza de curar á los trabajadores de aquella credulidad. Llega el hombre, mira fijamente á la pared, y cae al punto con horrible estrépito. Es probable que los trabajadores hubiesen sido más astutos que el misionero.

Los indios para preveir los efectos de la *toqueillada*, cuelgan amuletos al cuello de los niños y de los animales. Estos amuletos son de acero, de latón, de oro ó de plata; son poco espesos, de forma triangular, y cargados de figuras de ídolos. Su virtud consiste en detener la vista del hechicero y quitarle la facultad de mirar á otro lado. A fin de garantir los campos, los jardines y las casas de la funesta influencia de la *toqueillada*, colocan sobre picas vasos de barro blanqueados con cal y llenos de manchas negras.

—En lugar de consumirnos en vanos sentimientos y en deseos impotentes, si quisiéramos conformarnos con nuestra suerte, aceptar por decirlo así, nuestra posición, y entregarnos á todos sus recursos, no tardaríamos en recobrar tantos asuntos de interés cuantos habíamos perdido, y gustar la suficiente alegría para concebir las más risueñas esperanzas. Pero la desgracia nos escita y parece que queremos castigar el destino privándonos de lo que nos aleja.

DON JUAN DE AUSTRIA Y EL PINTOR DE PORCELANA.

ANÉCDOTAS HISTÓRICAS.

Obsérvese esa pequeña tienda, aplicada como una beruga á los pies de la magnífica catedral de Burgos. De ella salía una mañana fría de enero de 1654, hace justamente doscientos y un años, un joven de tez pálida, ojos espresivos y buen continente, embozado en su capa..... Habiendo llegado al palacio episcopal y real, cuyos guardias le negaron la entrada:

—Anunciad, les dijo magestuosamente, á don Juan II de

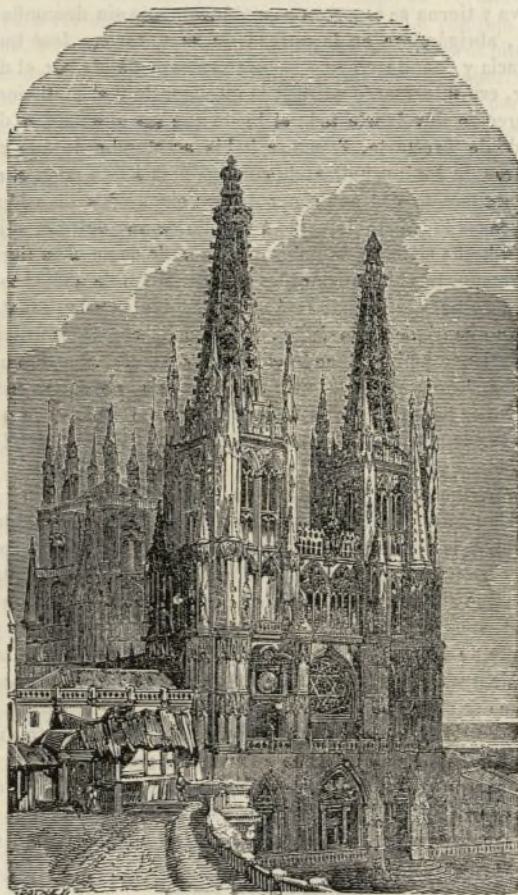
Austria, al hijo de nuestro rey Felipe IV, al gran prior de Castilla, que es un hijo de María Calderona quien le pide audiencia.

Con efecto, muy pronto se abrieron todas las puertas y dos alabarderos condujeron á nuestro joven al gabinete del príncipe.

El hijo natural de Felipe IV, soberbio caballero de veinte y dos años, revestido con todas sus insignias y todas sus órdenes, no pudo mirar sin emoción al desconocido que se le parecía mucho.

—¿Sois vos, le dijo, el hijo de María Calderona?

—En este momento acabo de saberlo, respondió José Triaz enseñando documentos irrecusables que lo atestiguaban.



Catedral de Burgos.

—Ciertamente, dijo don Juan; somos hermanos por parte de madre. ¿Qué sois? ¿qué queréis?

—Yo no soy nada, y quiero ser alguna cosa. Mi padre me ha dejado por herencia nada más que pinceles.... y el hermano de vuestra alteza preferiría un empleo en la corte.

El príncipe miró á José y creyó ver un perezoso que quería sacar partido de su nacimiento.

—Es preciso que continuéis el ejercicio de vuestro padre, respondió don Juan friamente, así como yo sigo el del mío. Yo pinto en porcelana en mis horas de ocio. Venid aquí todas las mañanas y os daré lecciones, y llegareis á

ser un grande artista, mientras que yo llego á ser un gran capitán.

Y volvió las espaldas dejando absorto á su hermano.

Maria Calderona era una cómica, que espiaba en un convento por medio de una vida ejemplar los estravíos de su juventud.

Don Juan de Austria, reconocido por su padre, representaba un gran papel en Europa. Gefe del ejército de Castilla en Italia, había dado principio á sus hazañas quitando á Nápoles al duque de Guisa y al célebre Masaniello. Se había hecho su nombre tan popular en España, que hacia balancear la influencia de la reina Mariana, y la inquietaba porque todo esto era en perjuicio de su débil hijo Carlos II.

José Triaz, perfectamente juzgado por don Juan, era uno de estos hombres orgullosos sin valor alguno, como hay tantos en el día, que olvidan que la vida es una perpétua

lucha, que pretenden llegar sin méritos para ello á la mayor altura, y que encuentran la sociedad detestable cuando no favorece sus ideas. Si hubiese vivido en 1832 hubiera solicitado ser ministro de Hacienda. Ya hemos visto su triunfo al descubrir el secreto de su nacimiento. Concibió en su mente verse en seguida grande de España; pero no obstante, aceptó las lecciones de su real hermano, esperando lograr su objeto por esta misma senda.

A la mañana siguiente llegó con su paleta.

—Veamos lo que sabeis hacer, le dijo el príncipe dándole un ramo de flores para que le pintara sobre un vaso de porcelana. Esta obra será muy bien pagada si la ejecutais con perfección.

José dibujó vergonzosamente un bosquejo sin efecto alguno.

—¡No es esto! exclamó don Juan que soltó sus despa-



Sepulcro de don Juan II de Austria y de su esposa, en la catedral de Burgos.

chos para coger los pinceles; y en muy pocos minutos trazó un admirable ramo de flores. Triaz le miraba confuso y admirado.

—He aquí como se trabaja, añadió el príncipe; volved cuando hayais hecho otro tanto.

José volvió á presentarse á los tres días. Su bosquejo era todavía nada mas que mediano. Don Juan le retocó. En una palabra, el vaso se acabó de esta manera, echado á perder por el discípulo y perfeccionado por el maestro, quien pagó la cantidad prometida. José, como había trabajado en colaboración se atribuyó la obra entera.

Este vaso y otros muchos, dieron mucho que hablar en Burgos, y el arzobispo, grande apreciador del mérito en

las artes, suplicó á don Juan que mandara hacer á su protegido un sortú de mil escudos.

—Os concedo dos meses para este trabajo, le dijo el príncipe; hacedlo con esmero teniendo presente mis lecciones y este croquis; yo voy durante este tiempo á someter á los catalanes.

Don Juan volvió vencedor á los dos meses: José le mostró unas pinturas de muy escaso mérito; el príncipe las ofreció en su presencia al arzobispo, pero añadiendo á la admiración de Triaz, un segundo sortú admirablemente ejecutado.

—Nuestro artista, dijo al prelado, ha hecho dos obras en lugar de una: escoja vuestra eminencia.

—Se ha querido poner á prueba mi gusto, dijo el aficionado sonriendo. Esta pertenece á una mano vulgar, al paso que esta es de un pintor consumado.

Y tomó el segundo sortú diciendo á Triaz que pusiera allí su firma.

Entonces el príncipe escribió al pie de la obra maestra. *Don Juan de Austria*: pues en efecto la obra era suya. La había terminado entre dos batallas.

¿Quién quedó admirado? el arzobispo. ¿Quién quedó confundido? José.

—Es mi última lección, le dijo don Juan: os doy los mil escudos; pero para merecer vivir como príncipe, aprended á trabajar como un príncipe.

Lección perdida lo mismo que las demás. El incorregible Triaz no hizo nada que valiera la pena, y todo cuanto trabajó se lo acababa su regío hermano.

Pero la historia, volviendo sus plumas al pavo real, ha dejado en el olvido el nombre de José: y Carreño dejó dicho «que si don Juan no hubiese nacido bajo la púrpura, hubiera podido vivir como un rey con los productos de su pincel.»

Menos dichoso como capitán y como político, fué batido y derrotado por Turena, por los portugueses y por el padre Nitard en el consejo de la regenta. En fin, habiendo llegado á ser primer ministro de su hermano Carlos II, sucumbió á la gran tarea de enaltecer á España, y fué enterrado en la catedral de Burgos en la magnífica tumba, de la cual damos un grabado, tumba digna á un mismo tiempo del artista y del príncipe.

...

EFEMÉRIDES HISTÓRICAS.

(16 de enero de 1556.)

ABDICACION DE LA CORONA DE ESPAÑA POR EL EMPERADOR CARLOS V.

Como la virtud es uno de los dones que mas raramente posee el hombre, se cree muy poco en ella en los casos en que realmente existe. Lo mismo los historiadores españoles que los extranjeros, han practicado inútiles esfuerzos, con el objeto de averiguar los motivos que obligaron al emperador Carlos V á renunciar el imperio; pero todas son vanas conjeturas; pocas personas hay que supongan la devoción el único móvil de su deseo á la vida retirada y tranquila del penitente.

Sin embargo, uno de los alemanes que han escrito su vida, asegura del modo mas afirmativo, que el emperador Carlos V concibió este devoto pensamiento treinta años antes de llevarle á cumplido efecto. Consta además de una manera evidente, por la relación del prior de Yuste, donde murió, que en el año de 1542 habia tenido una entrevista con San Francisco de Borja, y hablándole de esta santa determinación; y por último, es indudable, que se habría re-

tirado mucho antes que lo verificó, si sus negocios hubieran tenido mejor asiento, y si su hijo Felipe estuviese mas entrado en años. Esto lo ha confirmado muchas veces su propia declaración y la de sus amigos.

También consta, en abono de su espontánea reclusión, que la fatal nueva de la muerte de su madre doña Juana, hizo profunda mella en su ánimo, y esto, unido á otras causas no menos dolorosas, le hicieron acelerar el proyecto que abrigaba ya hacia muchos años. Solo contaba cincuenta y seis cuando se retiró del mundo, pero su complexión se encontraba sumamente debilitada, tanto por ser ella de suya endeble, cuanto por la incesante actividad de su vida; además padecía agudísimos ataques de gota y otras dolencias de no menos gravedad.

Por otra parte, excepto en dos ó tres ocasiones, el emperador habia corrido una serie no interrumpida de triunfos, y por lo tanto, razón era que un hombre que pensaba sensatamente, se abstuviera de aventurar la gloria de sus laureles, en ocasión en que sentia debilitada la fuerza de su brazo y también la de su cabeza.

Habiendo el emperador concluido una tregua con el monarca francés, que fué de breve duración por la perfidia de Francisco I y la ambición del papa, juntó en Bruselas los estados de los Países Bajos, y en una augusta ceremonia que no ha conocido ejemplo en los fastos de nuestra historia, desde los heroicos tiempos de los Césares romanos, hizo formal renuncia de la soberanía de Flandes, que heredara de su padre el archiduque Felipe, cuya corona depositó solemnemente en las sienes de su hijo Felipe, que para este fin le habia llamado de Inglaterra. Su conducta en esta situación fué tan digna cuanto afectuosa.

Puesto de pie en el sόlo, rodeado de los príncipes y de toda la nobleza flamenca, teniendo á un lado de su trono á la reina de Hungría, y al lado opuesto á su hijo Felipe, y apoyándose Carlos en el hombro del príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, habló á sus vasallos por la vez postrera del siguiente modo:

—¿Será menester que os mencione las altas empresas que he llevado á cumplido fin para el engrandecimiento del imperio y para la felicidad de mis súbditos? No: me parece ocioso. Todos cuantos hoy escuchan mi voz debilitada saben los altos servicios que he prestado á todas las naciones que me han pertenecido, y á la causa de nuestra Santísima Religión. La renuncia que hago en este instante, es hija del conveimiento. Mi quebrantada salud, no permite que me ocupe de las grandes acciones que necesitan una cabeza mas fuerte y un brazo mas vigoroso. Me retiro con la satisfacción de haber amado á mi pueblo, y de haber hallado en él la recompensa de este mismo cariño que le he profesado y sigo profesándole: me retiro, llevando el honroso título de padre, y hasta mi última hora, todos mis votos serán dirigidos al cielo en súplica ardiente para que mis pueblos sigan siendo felices.

Cuando terminó este breve discurso, miró á su hijo Felipe, el cual se postró de rodillas delante de su padre, y oyó la siguiente exortación:

—Sed justo, don Felipe; mi voluntad os eleva antes de tiempo á ocupar el sόlo de mis antepasados; sed digno sucesor de vuestros mayores; respetad escrupulosamente las leyes, y amad entrañablemente á los pueblos que voy á poner bajo vuestro dominio.

(1) Bajo este epigrafe nos proponemos publicar todos los meses un artículo referente á alguno de los sucesos históricos ocurridos en el mismo; hoy insertamos los que pertenecen á enero y febrero, para que guarden su natural relación los de los números siguientes.

«Actores y espectadores, dice un historiador contemporáneo, estaban viva y profundamente conmovidos en aquel espectáculo, llegando muchos á derramar lágrimas.» Con efecto, son pocas las ocasiones conocidas en que se ha presentado á su pueblo un soberano en circunstancias tan oportunas para lograr empeñar toda clase de afectos: y son pocas las ocasiones, en que un monarca se ha separado de su pueblo dejando la corona y llevándose en cambio la reverencia de sus súbditos y el sentimiento de perderle.

Pocas semanas despues, esto es, el 16 de enero de 1556, en otra ceremonia, no menos augusta, hizo solemne renuncia del cetro de España y de los demas dominios que de ella dependian en el antiguo y nuevo mundo, siendo tambien su hijo el heredero de todas estas posesiones.

Deseoso, sin duda, de renovar los tratos con su hijo Fernando electo rey de romanos, para que cediese sus derechos á Felipe, no quiso hacer en seguida renuncia de la corona imperial; pero no habiendo podido lograr su intento, y queriendo cuanto antes consagrarse nada mas que al retiro, estendió el documento en el cual hacia renuncia del imperio.

Se despidió cariñosamente de su hijo, y acompañado de sus dos hermanas las reinas viudas de Francia y Hungría, se embarcó en Zelandia el día 17 de setiembre de 1556, y desembarcó en Laredo en la costa de Cantabria el 28 del propio mes.

Cuando llegó á Valladolid se despidió de sus dos hermanas, á las cuales no quiso consentir que le siguieran acompañando hasta el santuario que habia escogido para su retiro, que como todo el mundo sabe, fué el monasterio de Yuste, situado en uno de los parages mas apartados de Estremadura, á cuyo punto llegó Carlos en noviembre de 1557, y allí enterró en la soledad y el silencio, el esplendor de su nombre, y con él los vastos proyectos que por tanto tiempo habian estado agitando á la Europa entera.

I. A. BERMEJO.

(18 de febrero de 1587).

SUPPLICIO DE MARIA ESTUARDO.

.....Eran las nueve de la mañana cuando apareció la reina en el salon fúnebre. Flechter, dean de Peterborough, y curiosos privilegiados, en número de mas de doscientos, se encontraban allí reunidos. Este salon estaba todo cubierto de paños negros; el patibulo que se habia levantado á dos pies y medio del terreno, se veia cubierto de frisa negra de Lancaster; el sillón donde Maria debia sentarse, el escalon donde debia arrodillarse, el tajo donde debia poner su cabeza, estaban tambien cubiertos de terciopelo negro; la reina iba vestida de negro, en armonía con el salon y las demas insignias del suplicio. Iba precedida del sherif, de los condes y de los nobles de Inglaterra, y seguida de sus dos camareras y de cuatro de sus oficiales. Su andar era sereno y magestuoso. En cierto momento levantó su enlutado velo, y su rostro, donde brillaba una esperanza que no pertenecía á este mundo, apareció bello como el día mas dichoso de su juventud; sus acompañantes quedaron deslum-

brados. Llevaba uno de sus rosarios en una mano y el crucifijo en la otra. Cuando llegó al suplicio, se sentó en el sillón que le habian preparado, y allí escuchó tranquilamente su sentencia, y solamente dijo cuando Beale terminó la lectura:

—Milores, yo he nacido reina de Escocia, y he sido reina de Francia, y he tenido derecho á ser reina de Inglaterra. He estado prisionera muchos años contra toda ley, y á pesar de todo he sufrido mucho durante mi cautiverio: sin embargo, no me acuerdo ya de nada, y á nadie aborrezco. Doy gracias á Dios y respeto su divina justicia; él lo ha permitido, bien hecho estará; me creo dichosa en este momento, pues me ha concedido la ocasion de morir para la espacion de mis pecados y para declarar delante de esta asamblea que estoy inocente de todo complot contra la vida de la reina de Inglaterra.

En seguida se arrodilló y rezó. Cuando se levantó, el verdugo quiso quitarle el velo; mas ella le detuvo y le rechazó con un gesto: luego volviéndose hácia los condes con el rubor en su semblante, dijo:

—Yo no estoy acostumbrada á desnudarme delante de tanta gente y por semejantes servidores.

Llamó á Juana Kenneth y á Isabel Curle, y estas le quitaron su manto, su velo, sus cadenas, su cruz y su escapulario. Cuando llegaron al vestido, la reina les dijo que desatasen nada mas que el corsé, y que le dejaran la garganta despojada de toda clase de adornos, para que quedase su cuello completamente desnudo al hacha del ejecutor. Sus camareras le hicieron este último servicio, derramando copiosas lágrimas. Melvil y los otros tres servidores lloraban tambien y clamaban: pero Maria puso el dedo sobre su boca para invitarles al silencio.

—Amigos míos, dijo, yo he respondido de vosotros; no me debilitéis. ¿No seria mejor que alabáseis á Dios por haber inspirado á vuestra señora ánimo y resignación?

Subyugados por el acento de Maria Estuardo, los mismos ejecutores la suplicaron de rodillas que los perdonara.

—Os perdono, les dijo, á ejemplo de mi Redentor.

Entonces se puso bien el pañuelo bordado de oro con que Juana Kenneth la habia vendado los ojos: se arrodilló de nuevo, puso la cabeza sobre el tajo, y en esta actitud suprema recitó algunos versículos del salmo LXX. «Señor, vos me devolveréis la vida, vos me sacareis del fondo de los abismos....» en cuyo momento lanzó el verdugo el primer golpe. El hacha, en vez de caer sobre la juntura del cuello, cayó sobre la nuca. La reina lanzó un grito sordo, al cual respondieron los gemidos de la asamblea. El verdugo, conmovido por la emocion general, y avergonzado de su poca destreza, y dando á su misma turbacion una energia tardia, arrancó la cabeza del segundo golpe. Así por los cabellos esta sangrienta cara, poco antes tan hermosa, y mientras que la tenia suspendida delante de los nobles, y por la ventana en presencia del pueblo, se oyó una voz que dijo:

—¡Viva la reina Isabel! Así perecen todos los enemigos de nuestra reina.

El pueblo quedó mudo de horror, cuyo silencio solo fué interrumpido por los sollozos de los servidores de la reina (Historia de Maria Estuardo por J. M. Dargaud. 1850).

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL PEQUEÑO PALEOTERIO.

En los pantanos de las cercanías de París habitaba en otro tiempo la singular familia de los paleoterios; todos se alimentaban de granos, de frutas y de plantas herbáceas; y con mas frecuencia de raíces ó de plantas acuáticas, que arrancaban con su corta trompa. Su carácter no podia ser feroz con semejantes costumbres; pero si brutal y estúpido. Se paseaban por las orillas de los arroyos de agua dulce, y se complacian en revolcarse entre el fango como nuestros marranos. Todos estaban dotados de una trompa y tenian bastante analogia con el tapir de América.

El gran paleoterio (*palæotherium magnum*) no tenia menos de cuatro pies y medio de altura, y por consiguiente se igualaba con la talla de nuestros caballos. Su figura era muy extravagante. Figurémonos una nariz que termina en trompa musculosa, bastante corta, semejante á la de un tapir; un hocico encorvado hacia dentro bajo la base de una trompa; los ojos pequeños y revelando estupidez como los del cerdo; una cabeza enorme, y un cuerpo voluminoso sostenido por cuatro piernas cortas y un tanto fornidas.

Sus pies aparecian terminados por tres dedos incrustados en las pezuñas, siendo el dedo de en medio mas grande que los demas. Su cuerpo entero estaba cubierto de pelos cortos y cerdosos.

El paleoterio grueso, (*palæotherium crasum*) no diferia del precedente mas que por su estatura mucho menos elevada, pues solamente tenia dos pies y medio de altura.

El paleoterio mediano, (*palæotherium medium*) tenia pulgada ó pulgada y media mas de altura; se parecia extraordinariamente al tapir de piernas delgadas, y debia ser entre sus congéneros, lo que el babirusa entre los cerdos.

El paleoterio ancho, (*Palæotherium latum*), era en la familia lo que el fascalmo entre los marsupiales. Su cuerpo era bastante grueso, sus piernas muy cortas y anchas; que le hacian extraordinariamente pesado y perezoso.

En fin, un paleoterio muy pequeño (*palæotherium minimum*), habitaba las márgenes de los arroyos y nunca llegaba al grandor de una liebre.

Todos estos mamíferos terrestres, no solo son perdidos, en la actualidad sino que ademas no han dejado ningun animal análogo con el cual se los pueda comparar.



El pequeño paleoterio.